

LOS MADGYARES

ZARZUELA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

DON LUIS DE OLONA

MÚSICA DEL MAESTRO

DON JOAQUÍN GAZTAMBIDE

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA ZARZUELA
en Abril de 1857.

DECORACIONES PINTADAS POR DON LUIS MURIEL

SÉGUNDA EDICIÓN

MADRID

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ
Atocha, 100, principal.

—
1860

MARTA (pastora).....	DONA	CAROLINA DI-FRANCO.
MARÍA TERESA DE AUSTRIA.	»	ISABEL VALENTÍN.
ISABEL (arrendadora).....	»	DOLORES FERNÁNDEZ.
GEORGEY (madgyar).....	DON	FRANCISCO SALAS.
FRAY JOSÉ (lego).....	»	VICENTE CALTAÑAZOR.
ALBERTO (labrador).....	»	MANUEL SANZ.
EL CONDE ROBERTO.....	»	FRANCISCO CALVET.
EL CORONEL KELSEN.....	»	RAMÓN CUBERO.
ENRICO (capitán).....	»	N. FERNÁNDEZ.
UN MERCADER.....	»	N. GALVÁN.
UN ALFÉREZ.....	»	N. ROCHEL.
UN ALDEANO.....	»	JOSÉ RODRÍGUEZ.
OTRO.....	»	N.

Coros y comparsas de oficiales de diferentes armas.—Monjes.—
Soldados de distintos regimientos.—Segadores, segadoras.—
Aldeanos y aldeanas.—Mercaderes.—Hombres y mujeres del
pueblo.—Músicos de la aldea.—Magistrados.—Pajes.—Caba-
lleros, etc.

La acción en Hungría, año de 1742.

Esta obra es propiedad de don Carlos Olona, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

El teatro representa un campo de trigo en la época de la siega. Todo el fondo está cubierto de espigas. A la derecha del público, en primer término, un edificio viejo, que sirve de habitación, con una ventana alta en el costado, dando frente al público. Más allá un ribazo. A la izquierda, en primer término, la imagen de la Virgen, bajo un cobertizo tosco, de madera, sostenido por una estaca clavada en tierra. En segundo término un establo. Más allá una choza de paja. Al fondo, en los últimos términos, un risueño paisaje y una colina, detrás de la cual asoman las torres de una aldea.

Al levantarse el telón la escena presenta un cuadro sumamente animado. Entre los trigos se ve trabajando á los segadores; las mujeres forman, unas, haces de espigas, y otras sacan agua de una cisterna y la llevan en cubos al establo. En distintos lados, carros cargando haces, que echan unos segadores y reciben desde lo alto los carreteros.

Entiéndase siempre por derecha ó izquierda, la del público.

ESCENA PRIMERA

A la derecha y debajo de la ventana dos cazadores húngaros bebiendo, sentados junto á una mesa. ISABEL recorriendo los grupos de trabajadores y animándolos á la faena. La orquesta, ya levantado el telón, toca algunos compases antes del canto, acompañando la animación del cuadro.

INTRODUCCION.

CORO respondiéndose unos á otros á medida que trabajan. Los segadores entre los trigos, incorporándose y hablando desde allí con los que cargan los carros.

¡Jé! ¡Ah!
¡Los carros acá
y el trigo á la era!

LOS CARRETEROS. (Que echan los haces, volviendo la cara y respondiendo.)

¡Ya van!
Ya van, que la miés
cogiéndose está.

ALDEANAS (Que llevan cubos á las que sacan agua del pozo.)

¡Eh! vivo, muchachas,
los cubos llenad.

(Las que sacan agua, tirando de las sogas del pozo.)

¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah!
¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah!

LOS SEGADORES. (A los Carreteros.)

¡Eh!

LOS CARRETEROS. (Figurando que se dirigen á otros que hay dentro.)

¡Eh!

DENTRO VOCES.

¡Eh!

ALDEANAS. (A las del pozo.)

Despachad.

(Las del pozo tirando de las sogas.)

¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah!

TODOS. (Dándose voces unos á otros.)

¡Eh!

Que hay larga faena
y el tiempo se va.

Todos. (Trabajando como al levantarse el telón.)

Del ardor
del estío
al segar

yo me río,
si sus granos
de oro
las espigas
me dan.
A segar:
segador:
á segar,
á segar.
Este sol
es la vida,
este sol
es tu pan.

A segar, compañeros,
¡A segar, á segar!

(En este momento se oye la voz de Marta dentro.)

MARTA. (Dentro.) ¡Eh! ¡eh! ¡Oveja! (Hablando con música en la orquesta. Se oyen los esquilleos del rebaño. Marta sale corriendo por el ribazo trayendo delante un pequeño rebaño de ovejas que viene arrojando con el cayado.) ¡Por la veredal ¡Hacia el arroyo!... ¡Sus! (Las ovejas corren y desaparecen por la derecha. Marta les tira una piedra desde el ribazo.)

MARTA. (Baja sonriendo á la escena.)

¡Sus! Al valle, (Ya en la escena.)

mis ovejas!

¡Al arroyo

y al vergel

Luego al risco,

luego al monte

subiremos

otra vez.

¡Sus! ¡sus!

mis ovejas, corred

¡Sus!

mis ovejas, corred.

Coro. (Unos á otros.)

Es Marta la pastora:

que alegre y seductora
la niña está.

MARTA. (A todos con alegre economía.)

¿Qué tal los segadores
van por acá?

CORO.

¿Qué tal van los pastores?

MARTA.

Bien en verdad. (Con satisfacción.)

COPLAS

1.ª

MARTA.

Desde que apunta el alba
hasta ponerse el sol,
corro por esos campos
de mi rebaño en pos.
Adonde quiere ir
allí voy yo,
allí voy yo;
oyendo sus balidos,
cantando mi canción.

(Suenan en la orquesta los esquilonces del rebaño.)

Ovejuelas,
ovejuelas,
caminad, caminad,
y el alegre
esquiloncillo
resonad, resonad.

CORO.

Ovejuelas,
ovejuelas, etc.

2.ª

MARTA.

Reina de la montaña,
yo la primera allí
siento gemir la brisa,
la tempestad venir.
Y la primera yo

al sol de Abril,
al sol de Abril,
saludo repitiendo
mi canto pastoril.

Ovejuelas.
ovejuelas,
caminad, caminad,
y el alegre
esquiloncillo
resonad, resonad.

CORO.

Ovejuelas,
ovejuelas,
caminad, caminad,
y el alegre
esquiloncillo
resonad, resonad.

(La orquesta hace lo mismo que antes.)

TODOS. ¡Ah! (Voz general. Cosa la música.)

HABLADO

ISABEL. Vamos, vamos; no hay que abandonar el trabajo; cada cual á su puesto, y á ver si los carros se llevan el grano antes que anochezca.

MARTA. Y harán bien; porque ó mucho me engaño, ó vamos á tener mal tiempo.

ISABEL. ¿Mal tiempo con este sol?

MARTA. ¡Oh! no hay que fiar, señora Isabel. El aire de la montaña ha refrescado y se ven muchas nubes sobre el Danubio.

ISABEL. Eso nos faltaba; después de dos malas cosechas que llevamos en Hungría... perder la de este año, que es tan abundante.

MARTA. ¡Y tan buena! Da gusto ver los trigos que Dios nos envía. (Se sienta en una piedra, á la izquierda.)

ISABEL. ¿Cómo vuelves hoy tan pronto del monte?

MARTA. Las ovejas han pasado á su sabor toda la mañana y... la verdad, como esta noche es la romería al convento de San Esteban, he venido temprano para buscar á Alberto.

ISABEL. Sí, échale un galgo.

MARTA. (Levantándose y con cierta pena.) ¡Qué! ¿Tampoco ha parecido hoy?

ISABEL. ¿Acaso desde hace algún tiempo se puede contar con él para nada? Su conducta va dándome que sospechar, y... (Si una pudiera decir todo lo que piensa...)

MARTA. (Sacando una manzana del zurrón.) Ya vendrá, señora Isabel. Alberto no abandonaría la granja sólo por irse á divertir. Bien sabéis que no hay un mozo más activo y de más talento que él en toda la comarca.

ISABEL. No lo niego, pero...

MARTA. Su padre, que me recogió al quedar yo huérfana, me decía antes de morir... Marta, mi hijo es un hombre de provecho, y tú serás feliz á su lado.—¡Oh! Y vaya si lo seré.

ISABEL. ¿Quién sabe?

MARTA. ¡Hum! ¡Mal pensada! (Come la manzana que ha sacado.)

CAZ. 2.º Dadnos otra botella, buena mujer.

ISABEL. Con mucho gusto. (Entra en la casa.)

MARTA. ¿Y adónde bueno, señores forasteros?

CAZ. 2.º Estamos de caza.

MARTA. (Mirándoles las bandoleras.) ¿Sí? Pues bien poco luce la cacería.

CAZ. 1.º Es que aún no hemos ido al monte.

CAZ. 2.º (Aparte al primero.) ¡Si sospechará!

CAZ. 1.º (Aparte al segundo.) ¡No! ¿Cómo ha de conocernos?

MARTA. ¿Sois del país? (Levantándose.)

CAZ. 2.º De Buda.

MARTA. ¿De la capital? ¡Hola! ¡Hola!

ISABEL. (Que ha salido con una botella que pone sobre la mesa.) Dicen que este año habrá mucha gente en la feria.

MARTA. ¿No es pasado mañana?

CAZ. 2.º Justamente.

MARTA. ¡Vaya! (Entrando.)

ISABEL. ¡Calle! ¿Por qué tanta alegría?

MARTA. Porque Alberto ha prometido comprarme un collar y una saya para el día en que nos case... (¡Ay, que me encargó que no lo dijera!)

ISABEL. (Sí. ¡Largo le val!)

CAZ. 1.º ¿No es esta granja el punto de reunión que tenéis todos los años para vuestra célebre romería?

MARTA. ¡Vaya! Como que acuden á ella de diez y doce leguas á la redonda.

ISABEL. Sin ir más lejos, hace una hora que tengo alojada en ese cuarto de arriba una joven y linda labradora, que no conozco por cierto, pero que me ha pagado muy bien. (Marta se va al fondo mirando por todos lados por si ve venir á Alberto.)

CAZ. 2.º Es decir, que sacáis provecho de la fiesta.

ISABEL. De algunos años á esta parte. Porque en tiempos de nuestro antiguo señor, se daba hospitalidad á todo el mundo sin exigir nada.

CAZ. 2.º Y... ¿vuestro señor ha muerto?

ISABEL. Según contaba mi padre, tomó las armas contra el difunto emperador y emigró por último á Italia para salvar su vida. Pero... hace dos años que también desapareció de allí... sin que nadie haya vuelto á saber su paradero.

CAZ. 1.º ¿Eh? (Escuchando con sano interés.)

ISABEL. ¡Pobre madgyar Georgey!

CAZ. 2.º ¡Georgey! ¿Georgey era vuestro amo? (Con ansiedad.)

ISABEL. Sí señor. Y como sus bienes fueron dados últimamente al Conde Roberto, gobernador de Buda, se dice por el país que éste mandó secretamente matar en Italia á Georgey, temiendo que un día alcanzase su perdón y volviese á poseer lo que le pertenecía.

CAZ. 1.º (Levantándose.) ¿Quién os ha contado? (Con ira.)

CAZ. 2.º (Aparte al primero y deteniéndole.) Señor, prudencia.

MARTA. (Bajando al fondo.) ¿Pero dónde puede estar Alberto? ¿No sabéis?...

ISABEL. ¡Eh! lleva las ovejas al corral y déjame en paz. (Des-
cansando.)

MARTA. Bien. Si, pero no por eso le querré menos. (Yendo
hacia el fondo.) ¡Hiii! ¡ovejas! ¡Hiii!... ¡Jé! (Al fondo.)
¡Que se entran por los trigos! ¡Niña! (Corriendo hacia
dentro.) ¡Niña!

MÚSICA

F. JOSE. (Dentro.) ¡Arre, mulita!
arre mulita,
que está la granja
ya muy cerquita.
¡Arre!

CORO. (Mirando.) ¿Quién es?

F. JOSE. (Dentro.) ¡No te me vayas
por la maleza,
ó de cabeza
voy á caer!

CORO. (Siempre mirando.)

¡Es Fray José!

F. JOSE.

¡Arre!

(El lego viene por una vereda entre los trigos.)

CORO.

¡Es Fray José!

ESCENA II

CORO, ISABEL, CAZADORES y FRAY JOSÉ, lego, aparece
por el sembrado montado en una mula: lleva un ancho sombrero de fel-
tro blanco, el hábito remangado y unas alforjas grandes.

CAZ. 2.º (Hablando.) Un monje. (Va á levantarse.)

CAZ. 1.º (Deteniéndole.) Disimulo.

F. JOSE. (En su mula y en medio de los alisancos. Hablando.) ¡Hola!
¡Muchachos!

GAITERO

Coro. (Muy afeble.) Buenas tardes,
buenas tardes.
Bien venido,
Fray José.

F. JOSÉ. Buenas tardes, (Afeble.)
buenas tardes...

(Con gravedad.) per sécula-seculorum...

¡Amén!

Coro. Buenas tardes.

F. JOSÉ. Buenas tardes.

Coro. ¿No se apea
su merced?

F. JOSÉ. Sí, me apeo.

Coro. Cuidadito, (Ayudándole a bajar de la mula.)
cuidadito
con caer.

(Fray José se apea de la mula ayudado por los aldeanos y viene al presencio.)

ESTROFA

F. JOSÉ. Ego sum,
ego sum,
¡el leguito del convento!

Ego sum,
además
campanero y sacristán.

En el coro
canturreo.

¡Laus Deo!

Y repico

con afán,

lán, lán,

lán, lán.

Y subido en la mulita,

de un legajo a un legajo,
soy el diestro sacandando
por mandato del guardián.

¡El diezmo, dad!... (Con aire humilde.)
el diezmo, dad!...

Ego sum,
ego sum,
por mandato del guardián,
ego sum,
ego sum,
campanero y sacristán.

Coro.

Aquí está,
aquí está
el leguito del convento,
aquí está,
aquí está
por mandato del guardián. (Con la música.)

H A B L A D O

F. JOSÉ. (A Isabel.) Hermana, mandad que den un pienso á mi mula. La pobrecita está en ayunas y ha andado todo el día de ceca en meca.

ISABEL. Ya lo oyes, Juan. (A un aldeano, que se va llevándose la mula.) Y tú, Berta, (A una aldeana.) trae á fray José su chocolate de costumbre.

F. JOSÉ. ¡Ajá! ¡Bravo! (La aldeana se va, entrando en la casa.)

ISABEL. Ya sabéis que siempre os lo tengo preparado para cuando venís de vuelta al monasterio.

F. JOSÉ. Así me sucede en todos los caseríos vecinos.

ISABEL. ¡Qué! ¿habéis ya tomado chocolate en otra parte?

F. JOSÉ. Con esta van hoy once jicaras.

ISABEL. ¡Jesús!

F. JOSÉ. Pero no importa; también caerá.

ISABEL. En cuanto al diezmo, mañana, sin falta se lo mandaré al padre guardián.

F. JOSÉ. Sí, mejor es. (Berta sale con el chocolate.)

ISABEL. Aquí está el chocolate.

F. JOSE. ¡Hola! Y qué tal... (Mira al plato.) Hum, como traspasando la papelina, está a todos lados, bueno, bueno, bueno, y se sienta en la silla en medio de los dos cazadores.) Con vuestro permiso.

CAZ. 1.º (Con mal gusto.) ¡Eh?

F. JOSE. No, no, si no me estorbáis. (Murmura una oración para bendecir el chocolate.) Bendicite... (Mira de pronto a los dos cazadores y dice aparte.) ¡San Esteban, y qué mal encarados! (Vuelve a murmurar la bendición.) Bendicite in nomine... (Los mira de nuevo, se inquieta más, se levanta vivamente, llevándose el chocolate y yendo a sentarse en un banco que hay inmediato.) ¡Ave María Purísima!

ISABEL. ¿Qué tenéis?

F. JOSE. Calor. (Aparte a Isabel.) ¡Chist! ¿quiénes son esos dos buhos?

ISABEL. (Id. al lego.) Son cazadores.

F. JOSE. (A Isabel aparte.) ¿De fieras?

CAZ. 2.º ¿Qué habéis oído de nuevo por esas aldeas, hermano lego?

F. JOSE. (Con un bello en la boca.) Hum, hum, hum, hum, hum. (Moviendo la cabeza y el dedo índice en señal negativa.)

ISABEL. ¿Será verdad que nuestra joven emperatriz María Teresa está en grave peligro de perder su trono? (A los cazadores.)

F. JOSE. ¿Qué decís?

ISABEL. Ayer me aseguraron que los franceses y prusianos marchaban sobre Viena.

CAZ. 1.º Así es; pero nosotros los húngaros no debemos interesarnos por la suerte de María Teresa: al contrario.

F. JOSE. ¿Al contrario? Pues no es esa la opinión de mi amigo Alberto.

CAZ. 1.º (Levantándose.) ¡Hola!

CAZ. 2.º (Id.) ¿Vuestro amigo se ocupa en semejantes cuestiones?

F. JOSE. No habla de otra cosa; y anoche mismo con el padre guardián...

CAZ. 2.º ¡Eh! (Le mira con atención.)

F. JOSE. Pero no decidlo por mí, porque no quiero que se sepa que estubo en el convento. (Se levanta.)

CAZ. 1.º (Al 2.º aparte.) ¿Qué significa?

CAZ. 2.º (Alto.) ¿No es ese Alberto el novio de la pastora que hemos visto hace poco?

ISABEL. Sí, buen novio te dé Dios.

F. JOSE. ¿Cómo es eso? ¿Murmura?

ISABEL. ¿Murmurar? (La ventana se abre y aparece una labradora mirando con ansiedad al campo.) Yo tengo mis razones para creer...

F. JOSE. (Bajo.) ¡Hermana! (La labradora presta atención.)

ISABEL. En fin, queréis que lo diga de una vez? Pues Alberto no quiere á esa pobre huérfana... ó por lo menos, ama también á otra.

F. JOSE. ¡Cómo! ¿Promiscua?...

CAZ. 2.º ¿Y qué pruebas tenéis?...

ISABEL. ¿Qué pruebas? Una que os va á horrorizar.

F. JOSE. ¿A ver, á ver? (Levantándose.)

ISABEL. (Con misterio.) Anoche... cruzaba yo la montaña, (La labradora escucha.) y al pasar por la cabaña de Alberto, quise descansar un poco. La puerta estaba cerrada: llamé inútilmente, y con gran sorpresa mía oí nada menos que...

CAZS. y F. JOSE. Acabad.

ISABEL. ¡Oí llorar á un niño!

LAB. (Aparte.) ¡Cielos! (Entra y cierra velozmente.)

CAZS. (Riendo.) ¡Já, já, já! (Echándose al hombro las escopetas.)

F. JOSE. (Ruborizado.) ¡Chist! ¿Queréis callar? ¿Queréis no contar esas cosas delante de mí? Pues hombre, nada menos que á un lego venir con... Cállese y tape esas iniquidades.

ISABEL. ¡Toma! Yo...

F. JOSE. Cállese, digo; que se me va á indigestar el chocolate.

CAZ. 2.º Tomad, y gracias por vuestro vino. (Dándole una manotada y yéndose.)

ISABEL. ¡Hola, señores!

MARTA. (Saltando por la izquierda con dos cesterillas de leña.) Ya están ordenadas las ovejas, y aquí os traigo... (Veniendo al lego y soltando los cántaros.) ¡Calle! el leguito.

F. JOSE. ¡Hola! Buenas tardes...

MARTA. ¿Cómo va de salud? ¿Cómo va la mula?

F. JOSE. Todos estamos sin novedad. (¡Pobre muchacha! Si supiera...)

ISABEL. (Tocando una campana que hay junto al establo.) No más trabajo por hoy. (Los segadores y segadoras se dispersan.)

MARTA. ¡Ajá! Bueno.

ISABEL. ¿Os volvéis al monasterio?

F. JOSE. Después, con la fresquita.

MARTA. Sí, que todavía pica el sol.

ISABEL. Pues yo voy á ponerme mi saya de fiesta. Hasta luego, fray José.

F. JOSE. Ya nos veremos. ¡Ah! cuenta con... (Hace señas.) ¡Ejem! ¿Estamos? (Señalando á Marta con disimulo.)

ISABEL. ¡Ah! por supuesto. (Se va.)

MARTA. ¡Calle! ¿le hacéis señas?

F. JOSE. ¿Yo? ¡Dios me libre!

MARTA. ¡Vamos, que bien os gusta la arrendadora!

F. JOSE. ¡Jesús! (Se santigua.)

MARTA. ¡Toma! Si es guapa...

F. JOSE. Por ese principio, hija mía, me gustarías tú. Pero cuando uno es lego... y por más que se tenga buen paladar... hay que hacer siempre la vista gorda.

MARTA. ¡Lego, lego! aún sois libre de dejar el hábito.

F. JOSE. No hagamos suposiciones. Tú no sabes lo que son las suposiciones, hija: ahora poco hacían unas de Alberto...

MARTA. ¿De Alberto?

F. JOSE. No, no vayas á creer que... ni sospeches que ese chico... (¡Uf, que la iba á soltar!)

MARTA. ¿Eh? ¿qué significa ese aire misterioso?

F. JOSE. ¿Misterioso? yo tengo el aire miste... ¡Cá! Si no hay nada que...

¡Que sigan así!

MUSICA

ALB. (Dentro. ¡Marta!

¡Eh! ¡Marta mía!

MARTA.

¡Cielos! ¡El es!

(Corre al ribazo y canta llamando por voces adentro.)

¡Eh mi Alberto! ¡Aquí estoy!

¡Ven aquí, ven!

(Sale Alberto y se abrazan en el ribazo.)

F. JOSÉ. (Aparte en el presencio.)

Aunque

en esto de amores

yo nada sé,

cundo

tanto la aprieta

la querrá bien.

ALB. (Baja al presencio con Marta y le dice mostrándole un ramo de flores.)

Estas flores, bien mío,

vi en la pradera:

para ti las dió vida

la primavera.

Antes que al norte crudo

puedan morir,

ornen tu frente pura,

tu talle gentil.

MARTA.

De este ramo de flores

la más hermosa

(Cogiéndola.) es esta delicada

pintada rosa.

En tu pecho yo quiero

verla vivir.

Llévala cual recuerdo

querido de mí. (Se la pone en un ojal.)

¡Ay padre guardián!
yo no quiero ir
que más del convento
no vuelvo a salir,
porque estas cosas...
¡ay San Antonio
a uno le quitan
la devoción.

MARTA.

Dos días há
que no te veo,
ni por el monte
ni en el vergel.

ALB.

No temas nunca
que yo te olvide.

MARTA.

No es razón esa. (Sonriendo.)

ALB.

Oyeme pues. (La coge de la mano afablemente.)

Nadie te adora
cual yo te adoro;
y adonde quiera
voy, niña, yo,
viene tu imagen
encantadora,
miro tus ojos,
oigo tu voz.

MARTA.

Cuando se adora
cual yo te adoro,
es, dueño mío,
mucho mejor,
que yo te mire
siempre a mi lado,
que cerca escuche
tu dulce voz.

F. JOSE.

(Aparte.)

¡Ay padre guardián!

MARTA.

¡Mi Alberto! ¡Mi amor!

ALB.

¡No temas, mi amor!

(A un tiempo.)

A UN TIEMPO

MARTA.

ALBERTO.

F. JOSÉ.

Haz que te mire
siempre á mi lado,
que cerca escuche
tu dulce voz.

Do quiera vaya,
dueño querido,
miro tu imagen,
óigo tu voz.

Estos coloquios,
¡ay, San Antón!
á uno le quitan
la devoción.

(Cesa la música.)

HABLADO

F. JOSÉ. ¡Jel! ¡Basta hermanos, que estoy yo aquí! (separándolos.)

MARTA. Toma, ¿no he de abrazarle?

F. JOSÉ. Sí, pero eso es ya gula.

ALB. Fray José, Marta y yo nos amamos desde niños. Juntos hemos crecido en estos campos, iguales son nuestras penas y nuestras alegrías. ¡Una hora de ausencia se nos figura un siglo!... ¡Qué diantre! otro abrazo, Marta, con permiso del hermano lego.

MARTA. (Sonriendo y abrazando á Alberto.) Hermano, cerrad los ojos.

F. JOSÉ. (Volviéndose vivamente.) Cierrolos.

ALB. (Estrechándola.) ¡Marta mía!

F. JOSÉ. (Con los ojos cerrados.) ¿Pasó?

MARTA. Ya estaba inquieta por tu ausencia.

ALB. ¿Inquieta?

MARTA. Es claro. Dos días sin verte, y luego, fray José que há poco me hablaba de tí con unos misterios.

F. JOSÉ. (Vivamente.) Yo no. Yo nunca he creído nada malo. Ni siquiera he pasado por tu sabaña.

ALB. (Conmoviéndose.) ¿Cómo?

F. JOSÉ. (¡Se turba!)

ALB. (Pasando al lado del lego y en voz baja.) ¿Qué me queréis decir?

MARTA. ¿Eh? ¿Tienes algo? (A Alberto.)

ALB. No, Marta mía, no. (Queriendo disimular.)

MARTA. ¡Estás pálido!

ALB. Porque me rinde la fatiga.

MARTA. ¿Quieres beber una taza de leche?

ALB. Sí; con el hermano lego. Sentáos. (Al lego.)

F. JOSE. (Sentándose.) ¡Hum! Ya voy creyendo... (Alberto se sienta al otro lado de la mesa, á la derecha.)

ALB. Más cerca. (Bajo al lego, en tanto Marta ha ido á llenar dos tazas de leche de los cántaros.) Si algo sabéis, si algo habéis sospechado... tened presente que nuestra suerte y la del convento depende de vuestra discreción...

F. JOSE. ¡Qué oigo!

ALB. Y que una imprudencia nos costaría la vida... (Con energía.)

F. JOSE. (Aterrado y en voz alta.) ¡Ay!

MARTA. (Llegando á la mesa con dos tazas.) ¿Qué?

F. JOSE. (Disimulando.) ¡Ay qué nata tiene la leche! (¡Me tiembla todo el cuerpo!) (Marta Teresa, que es la aldeana de la escena anterior, aparece en la puerta de la casa.)

MARTA. ¿Verdad que sí?

ALB. Da gozo el mirarla.

MARTA. Los pastos de nuestras montañas son tan sanos... (Beben.)

TERESA. (Apareciendo.) ¿Queréis servirme una taza?

ALB. (Levantándose al verla y aparte.) ¡Gran Dios!

MARTA. ¿Eh? (Mirándose con curiosidad.)

F. JOSE. (¡Otra sorpresa!) (Se levanta.)

MARTA. ¿Quién es esa aldeana?

TERESA. Soy...

ALB. Una labradora de las cercanías de Pesth... ¿Vos por aquí, señora Teresa? (Esforzándose para disimular.)

MARTA. ¡Calle! ¿Tú la conoces?

TERESA. Sí, Alberto se ha encargado de dirigir los trabajos de mi alquería...

ALB. Ajá. Y sin duda habéis venido á saber... (¡Qué imprudencia, señora!)

TERESA. (Aléjales de aquí.) (Marta ha ido por detrás con cierto recelo.)

MARTA. (En medio de los dos.) ¡Sabéis que sois demasiado linda para que á mi me guste el que habléis tan bajito con mi novio? (A María Teresa.)

ALB. (Vivamente.) Marta mía, la señora Teresa viene á pedirte cuentas de ciertos encargos... Anda, (Pásadela al otro lado) vé á adornarte para la romería, en tanto hablamos dos palabras.

MARTA. (Llevando aparte á Alberto.) Oye, que no sean más que dos, ¿eh?

ALB. (Sonriendo.) ¡Qué! ¿Tendrías celos?...

MARTA. De todo el mundo, ¿sabes?

ALB. (Sonriendo.) ¡Oooh!

MARTA. (Aparte á Alberto.) Dame un abrazo delante de ella.

ALB. ¡Qué ideal! ¡Toma! (La abraza.)

MARTA. Así. (A María Teresa.) ¿Lo veis? ¿Veis cuánto me quiere mi novio? Hasta luego, señora Teresa. (Aparte, yéndose.) ¡Anda! ¡Por si acaso! (Vase.)

F. JOSE. (Aparte y pensativo.) ¡Todo un convento teniendo que ver con un chico! ¿Quere causa?

ALB. Hermano... (Señas de que se vaya.)

F. JOSE. ¡Ah! Sí, os dejo: voy á echar una siestecita ahí bajo á la sombra de ese emparrado. (Se va, no sin intentar el ver más de cerca á María Teresa, lo cual se lo impide Alberto.)

ESCENA IV

ALBERTO y MARÍA TERESA

ALB. (Al ver que se han quedado solos y bajando al lado de María Teresa.) Señora, ¿qué habeis hecho?

TERESA. ¡Esperar inútilmente que volvieras, y salir en tu busca temiendo una desgracia!

ALB. Pero vuestro hijo...

TERESA. Lo he dejado en tu cabaña con mi fiel escudero.

ANA. ¡Ah! permitidme decirte que lo amas de verdad... (Va a marcharse.)

TERESA. ¡Levanta, imprudente! (Mirando con recelo a todos lados.)

ALB. (Incorporándose.) Perdonad si la alegría me hace olvidar todo peligro.

TERESA. ¿La alegría? Explicaste. ¿Qué noticias me traes? Mis enemigos...

ALB. No, nada esperéis fuera de aquí. Las tropas de Federico II y de la Francia, ocupan casi todo vuestro imperio; pero os queda Hungría, y no en vano habéis venido a confiaros vuestra defensa y el porvenir de vuestro hijo.

TERESA. ¡Los húngaros no me abandonan!

ALB. Yo vengo de recorrer los castillos de los Madgyares y las aldeas de la montaña. Todos los brazos están prontos a levantarse en favor de la emperatriz María Teresa. Todos los corazones se conmueven a la voz de una madre joven y desgraciada.

TERESA. ¡Y tú!... Tú, pobre aldeano, cuyo valor me admira, cuyo lenguaje me sorprende...

ALB. (Con aire modesto.) En Hungría, señora, el valor no es cosa rara; y en cuanto a mi lenguaje... no lo extrañéis. Los padres del convento vecino me enseñaron a leer y a escribir, y pobre labrador como soy, nunca olvidé sus lecciones.

TERESA. ¿Los has visto?

ALB. Anoche:—Y el guardián prefirió con razón el confiar a mi lealtad, porque hace dos días que ocupan el convento las tropas del gobernador de Buda.

TERESA. Es decir, que si permanezco allí oculta...

ALB. Estabais perdida. Los planes del gobernador son ciertos. Aprovechando vuestra desgracia, quiere entregar nuestro país al rey de Prusia. Pero esta noche quedará burlada su traición.

TERESA. ¿Esta noche?

ALB. Los pueblos de la montaña, los caseríos de los valles, los señores, los siervos, levantarán por vos sus pen-

donde. Todo está pronto: al toque de ánimas se dará la señal... y para ello sólo aguardo un aviso.

TERESA. ¿Un aviso? ¿De quién? (Un embozado aparece en el fondo, y al ver á Alberto se descubre.)

ALB. ¡Mirad! (Señalando al embozado.)

TERESA. (Reconociéndole.) ¡Kelsen! ¡Mi bravo coronel!

KELSEN. (Quitándose el sombrero.) ¡La emperatriz!

ESGENA V

DICHOS Y KELSEN

ALB. (A Kelsen.) No os inquietéis. Impaciente por mi tardanza... (Mira á todos lados por si alguno los sorprende.)

KELSEN. Yo debía ir á buscaros, señora.

TERESA. ¡Tú, á quien yo creía en Buda!

KELSEN. Mi regimiento de croatas está desde ayer en el convento con las tropas del gobernador; pero nada puede hacer por sí solo, y yo os vengo á proponer un medio que decida la victoria.

TERESA. ¿Un medio? ¿Cuál?

KELSEN. ¿Tendréis valor para intentarlo?

TERESA. Kelsen, ya me conoces.

KELSEN. Pues bien, señora: yo temo que la insurrección de la montaña pueda ser sofocada por el ejército.

ALB. (Con inquietud.) ¿Qué decís?

KELSEN. Pero si ahora que está ausente el gobernador, ese ejército os viera; si vos, presentándoos conmigo esta noche en el convento, invocáseis la antigua lealtad de las tropas... éstas os aclamarían como en otro tiempo y sostendrían el trono de vuestro hijo.

ALB. ¿Cómo! ¿Entregarse de ese modo á merced de sus enemigos?

TERESA. ¡Exponer á mi hijo á la saña de esos traidores!... Kelsen, yo seguiría tu consejo cuando sólo se tratara de mí.

KELSEN. Oídme, señora. Vuestro hijo puede quedar oculto por

— 25 —
esta noche en la cabaña que os sirve de asilo. Si el ejército se declara por vos, nada habréis aventurado. Si la insurrección es vencida; si vos no podéis salvaros... Alberto logrará fácilmente escapar con vuestro hijo y llevarlo a Bohemia, donde combate vuestro esposo.

ALB. Señora, por la memoria de mi padre yo os juro salvarle, suceda lo que quiera. (Con entereza.)

KELSEN. ¡Pensad que de este medio va á depender vuestro porvenir y el suyo!

TERESA. (Decidiéndose.) Pues bien, Kelsen, que Dios nos inspire. —Partamos.

KELSEN. Un momento. Yo, para no infundir sospechas, voy á esperaros al pié del sendero que conduce al monasterio. Alberto os acompañará hasta allí dentro de diez minutos, y...

TERESA. ¡Alberto, ¿tú me respondes de mi hijo!

ALB. Mañana le abrazaréis feliz y victoriosa. —Vuestras órdenes, coronel.

KELSEN. Hé aquí las instrucciones para la sublevación de esta noche. (Sacando un papel.)

TERESA. Dejádme ver... (Lo toma y lee para sí.)

KELSEN. (Bajo á Alberto.) ¡La lucha puede ser tenáz, sangrienta!

ALB. Nada temo, coronel. Partid: dentro de diez minutos...

KELSEN. Viene gente. (Marta aparece.)

ALB. ¡Idos! (A Kelsen, que se aleja.)

TERESA. Toma. (Le da el papel.)

ALB. ¡Oh! (Lo guarda vivamente. Pausa.)

MARTA. (Aparte.) ¿Una carta? ¿Por qué la esconde al verme? (De lejos y con recelo.)

TERESA. (A Alberto.) Allí te espero. (Entra en la casa.)

MARTA. (Aparte.) ¡Ah! si me estuviese engañando...

ALB. Ven acá, celosa mía; ven acá. (Tomando de repente un tono alegre para disimular.)

MARTA. (Enojada.) No: déjame.

ALB. ¡Qué! ¿Te enfadas cuando acabo de conseguir de la señora Teresa que sea madrina de nuestra boda?

MARTA. ¿De veras? ¿Estabais hablando de mí?

ALB. Y esta tarde misma he de comprarte el collar y la saya que te he prometido.

MARTA. Yo la quiero azul.

ALB. ¡Azul, verde, como más te guste! ¡Ah, pobre Marta!

MARTA. ¿Vamos á la feria?

ALB. Sí, sí; espérame un poco. Tengo que pedir mi jornal á la señora Isabel...

MARTA. Que no tardes.

ALB. No. (Besándole la mano.) (Apresurémonos.) (Entra vivamente en la casa.)

MARTA. ¡Oh! ¡Cuánto le quiero! ¡Por qué corren los segadores hacia el camino? (Yendo al fondo y subiéndose en una piedra para ver mejor. Salen el Conde y Enrique agitados. El Conde es el cazador 1.º de la escena primera. Enrique el 2.º)

ENRICO. Pero ese aviso...

CONDE. Me la envían de Buda. María Teresa ha penetrado en el país. Se oculta con su hijo... ¡Ah! ¡Si cae en nuestro poder?...

ENRICO. Con razón habéis querido visitar estas aldeas disfrazado. Aquí se conspira sordamente. Apresuremos nuestro plan. Proclamémos mañana rey de Hungría á Federico II. Y si el pueblo se opone...

CONDE. No le temo. Ya no existen en Hungría los hombres cuyo prestigio nos infundía inquietud. El único que quedaba en la emigración...

ENRICO. Georgey.

CONDE. Gracias á mí no existe. (Rumor, derecha.) ¡Ese rumor! (Escuchando.)

ENRICO. (Mirando.) Son los segadores de esta granja.

CONDE. Ven: no quiero que sospechen al vernos siempre entre ellos. (Ss. van.)

MARTA. ¡Mirad, mirad! (Señalando al camino.)

ISABEL. ¿Qué es eso, qué sucede? (Saliendo de la granja.)

ESCENA VI

EL CORO acude alegremente por distintos lados, señalando al fondo. Sobre un montecito aparece **GEORGEY** en traje característico del país, con un cajoncito á la espalda y tocando una viola, instrumento de cuerdas y teclas. Canta desde el montecito acompañándose.

CANTO

GEORG.

¡Quién al son
de mi viola
quiere cantar,
quiere bailar?
¡Eh, pastoras,
segadores,
vengan acá,
vengan acá!

CORO, MARTA ó ISABEL. ¡Oh, qué lindo
son de danza!
¡Eh! buen viejo,

(Georgey comienza á bajar tocando.)

llegue ya.
Toque, pues,
que su trabajo
no perderá,
no perderá.

MARTA. (Trayéndolo de la mano desde el fondo.)

Venid y bailaremos,
venid, buen viejo, acá.

GEORG. (Dejándose conducir y mirando en torno suyo.)

¡Qué lindas aldeanas!
¡Qué campo tan feráz!

(Se separa de todos; se adelanta solo al proscenio, y, como inspirado por un religioso sentimiento, se quita pausadamente su sombrero y exclama con acento conmovido y aparte.)

GEORG.

¡Salud, tierra de Hungría,

noble país
¡Salud, valle ruisueño,
donde nací!
¡Sol de la patria mía,
te miro al fin!
¡Cuánto el pobre proscripto
lloró por tí!

MARTA, ISABEL y CORO. (Unos á otros, observándole á distancia.)

¿Por qué tan triste
quedóse ahí?

GEORG.

¡Salud!

MARTA, ISABEL y CORO. (A Georgey de lejos.)

¿Por qué murmura,
buen viejo, así?

MARTA. (Acercándose á él cariñosamente.)

¿Qué tenéis, pues?

Hablad, hablad.

¡Llorando estáis!

GEORG. (Disimulando y sonriendo.)

¡Oh, no, no tal!

(Se esjuga vivamente una lágrima y exclama alegre y tocando.)

¿Quién al son

de mi viola

quiere cantar,

quiere bailar?

Todos.

Todos, todos

bailarémos,

la viola

suena ya.

GEORG. (Animado.) Al verme entre vosotros
me siento retoñar.

MARTA. (Animándole.)

¡A un lado penas!

GEORG. (Con alegre resolución.)

Si.

Contigo he de bailar. (A Marta.)

CORO. (Al aire.)

¡Já já, já!

¡Já, já!

(Riéndose de él.)

(Varios aldeanos y aldeanas se sientan en el suelo formando círculo. Otros quedan en pié, preparados para el baile. En el centro Georgy y Marta.)

COPLAS

GEORG.

Pastora, ven,
que en dulce vaiven
se agita la danza.
¡Al diablo el redill!
¡Y alegre y sutil,
salta y brinca y revuelve
tu talle gentil!

(Se pone á bailar con Marta tocando la viola.—Baile campestre característico.)

CORO.

(Bailando.) Pastora, ven,
que en dulce vaiven
se agita la danza.
¡Al diablo el redil,
y alegre y sutil
salta y brinca y revuelve
tu talle gentil!

(Alberto, saliendo con precaución de la casa, guiando á María Teresa, se va con ella sin ser visto de los aldeanos.)

ALS.

(Yéndose con María Teresa.)
Venid, señora.—Partamos. (Se van.)

HABLADO

GEORG. ¡Hurra, Hungría! (Levantando el sombrero por alto.)

MARTA. ¡Si es más ligero que una peonza!

GEORG. Ahora, compradme lo que os agrade. (Poniéndose delante el cajón que trae á la espalda.)

MARTA. ¿Qué es eso? (Mirando con curiosidad.)

GEORG. ¡Al buhonero, muchachas; aquí traigo cintas de colores! ¡pendientes de coral! ¡collares de perlas!

MARTA. ¡Collares!

GEORG. Vamos, hijos míos. Obsequiad á estas niñas. ¡Así me pagaréis mejor mi trabajo!

MARTA. Y Alberto que no vuelve: él que me prometió regalarme... (Con impaciente deseo.)

ISABEL. Yo compro este brazalete. (Tomándolo.)

UN ALD. Yo estos botones. (Idem.)

MARTA. ¡Y no tener dinero! (Con pena.)

OTRO ALD. Toma: este collar para ti. (A una aldeana, delante de Marta.)

MARTA. ¡Un collar! (Triste.) ¡El que más me gustaba! (Se sienta en un lado con pena.)

GEORG. (A los aldeanos, que se agolpan en torno suyo y le registran el cajón.) Eh, eh, las manos quietas, ajá. ¡Bravo! (Le pagan.) Gracias, muchachos. ¡Buena venta, por vida mía! ¿No hay quién quiera más? (A todos.) ¿No? ¡pues ea, descansemos un poco! (Se dispone á quitarse el cajón.)

ISABEL. (A los aldeanos.) Venid, venid: vamos á enseñar nuestras compras. (Se van, pausa.)

GEORG. (Desde lejos al tiempo de quitarse el cajón mirando á Marta que continúa sentada en un extremo de la escena.) ¿Eh? ¿Qué hace ahí tan cabizbaja mi graciosa pareja?

MARTA. ¡Siempre ausente! Siempre buscando pretextos... ¡Oh! ¡No merece que le quiera tanto!

GEORG. (Que la oye.) ¿Quién, hija mía? (Acercándose á ella.)

MARTA. ¿Quién ha de ser? Mi novio.

GEORG. ¡Holá! ¿Novio tenemos?

MARTA. (Con enfado.) Pues qué, ¿os figuráis que me he de quedar para monja?

GEORG. Y ahora que reparo... Tú no me has comprado nada.

MARTA. (Levantándose.) No señor; y creed que no me falta la voluntad.

GEORG. ¿Sí? pues mira, mira: elige. (Levanta el cajón.)

MARTA. ¡Dios mío! ¿Qué sortijas! ¿Qué relicario! (Sacándolo del cajón.) Me debe sentar muy bien... ¿Á ver? ¿Á ver? (Se lo pone.)

GEORG. ¡Precioso!

MARTA. ¿Es muy caro?

GEORG. Dos florines.

MARTA. Uno.

GEORG. Uno y medio.

MARTA. Uno.

GEORG. Tuyo es.

MARTA. (Vivamente y alegre.) ¿De veras? Pues estamos corrient... (Se detiene con tristeza.) ¡Ay! ¡si no tengo dinero!

GEORG. ¿No? Hija, ofraces muy poco.

MARTA. Tomad. ¡Soy tan pobre! (Tristemente.)

GEORG. ¡Voto á San Esteban! Una niña tan linda como tú no se ha de privar... Guárdatelo.

MARTA. ¿Cómo! ¿Me lo regaláis?

GEORG. Sí: quiero obsequiar á mi pareja.

MARTA. Pero es posible que... (Muy contenta.)

GEORG. ¡Anda! ¡Corre! Busca á tu novio y enséñale mi regalo. (El Conde y Enrico aparecen en el fondo.)

MARTA. ¡Sí que lo haré! ¡Vamos! Si no sé cómo pagaros...

GEORG. Con un abrazo.

MARTA. ¡Tomad! ¿Por qué no? A vuestra edad no hay peligro. (Le abraza.)

GEORG. ¡Hola! ¿Quién te ha dicho á tí...

MARTA. Hasta luego, ¿eh? ¡Alberto! ¡Alberto! (Yéndose corriendo.)

CONDE. (Saliente por el fondo derecha y diciéndole bajo á Enrico:) Nuestros caballos, y partamos. (Enrico se va.)

ESCENA VII

GEORGEY y el CONDE en el fondo.

GEORG. ¡Ah! El aire que respiro me vuelve la alegría de mi juventud. (Observa cuanto le rodea.) ¡Todo está como hace quince años. La misma casa: el mismo establo: la misma santa imagen ante la cual juré librar á mi patria de sus opresores!

CONDE. (Desde el fondo.) ¿Qué dice ese hombre? (Georgey se queda con la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos caídos y

las manos, elevadas delante de la Virgen que hay en la alta-
cha. El Conde baja con celeridad del fondo y le observa de-
rante un buen rato.)

GEORG. (Alzando la cabeza y con ademán resuelto.) No es tarde aún:
partamos.

CONDE. (Poniéndole una mano sobre el hombro.) ¿A dónde?

GEORG. (Volviendo la cara.) ¿Eh?

CONDE. (Reconociéndolo y retrocediendo.) ¡Georgey! (Con terror.)

GEORG. (Reconociendo al Conde.) ¡Roberto! (Con alegría.)

CONDE. (Aparte con espanto.) ¡Vive!

GEORG. ¡Roberto! ¡Amigo mío! (Con extrañeza.) ¡Qué! ¿No me
abrazas? ¿No estrechas mi mano como en otro tiem-
po? (Abrazándolo.) ¡Roberto! ¿Qué ha sido de ti desde
entonces? Mírame. Yo estoy pobre. Lleno de canas y
de años! (Mirándolo.) ¡Tú! ¡Tú al contrario, más joven
que nunca! ¡Oh! ¡Es verdad que tú no has visto mo-
rir á tu hijo!

CONDE. ¡Georgey!... (Turbado.)

GEORG. ¿Te acuerdas de mi pobre Esteban? La noche que los
austriacos nos vencieron, luchó como un héroe, y
Dios hizo de él un mártir!

CONDE. ¡Vienes de Italia!

GEORG. De Italia, amigo mío: ganándome el sustento como un
misérable, pidiendo hospitalidad en las cabafias, su-
friendo los rigores del sol y del frío... ¡Qué vida, Ro-
berto, qué vida! La tuya no puede haber sido tan cruel.

CONDE. (¡Oh!)

GEORG. Por do quiera la soledad, por do quiera los peligros,
¡la muerte!

CONDE. (Con interés secreto.) ¿La muerte?

GEORG. (Con sinceridad.) Sí. ¿Tú no sabes? Han querido asesi-
narme también.

CONDE. (Con ansiedad.) ¿Cuándo? ¿Cómo?

GEORG. Una noche; en Florencia. Un hombre me seguía sin
cesar, me acometió con un puñal en la mano. Pero
yo... ¡Ah! El miserable cayó á mis piés sin pronun-
ciar una sola palabra.

CONDE. (Con despecho reconcentrado.) ¡Lo mataste!

GEORG. Y sobre él hallé pruebas de que era un asesino pagado por mis enemigos.

CONDE. (Con envidia.) ¿Pruebas?

GEORG. Sí, un bolsillo de oro y una carta sin firma, dándole mis señas y mandándole...

CONDE. (¡Mi carta!) (Se lleva con disimulo la mano á la daga.) ¿La llevas contigo?

GEORG. La tengo aquí grabada, Roberto. (Llevándose la mano á la frente)

CONDE. ¿A qué has venido á Hungría?

GEORG. A vengar á mi hijo, ahora que la guerra me ofrece la ocasión de sublevar el país. Yo cuento aún con amigos fieles; yo sé que aún se levantarán mil brazos á la voz del viejo Georgey. (Con energía.)

CONDE. (Aparte.) (Si, es verdad. Este hombre puede hoy ser útil á mis planes... Después... no se me escapará.

GEORG. Tú vas á seguirme, ¿no es cierto?

CONDE. Mejor todavía. Yo voy á poner en tus manos la venganza.

GEORG. Explicate.

CONDE. ¿Quieres que te diga quién guió el puñal de tu asesino?

GEORG. ¿Tú lo sabes?

CONDE. La emperatriz María Teresa.

GEORG. ¡Cielos!

CONDE. (¡Me ha creído!)

GEORG. ¿Cómo lo has descubierto?

CONDE. Fingiendo servirla.

GEORG. ¿Has merecido su confianza?

CONDE. ¡Soy el gobernador de Buda!

GEORG. ¡Tú! (Retrocediendo.)

CONDE. Sí... yo, que he querido asegurar de este modo el plan que hace tiempo medito.

GEORG. ¿Es posible? (Creyéndose.)

CONDE. - (Ya es mío.)

GEORG. Dispón de mí como quieras.

COND. Pues bien. ¿A qué viene Marta? ¿Por qué has venido a
Hungria. Seguramente con tus amigos el grupo que se
prepara con sus soldados... (A-ya.) Y ante todo ten en
cuenta que en este país se conspira contra nosotros.

GEORG. ¿Cómo, quién?

COND. Eso es lo que me ha sido imposible averiguar. Marta
Teresa se ha refugiado con su hijo en Hungria. Tal
vez se esconde en estas inmediaciones.

GEORG. ¡Ah! (Con interés.)

COND. Dinmula. (Viendo venir a Marta.)

ESCENA VIII

DICHOS y MARTA que sale vivamente. Llega hasta el proscenio,
se detiene pensativa y luego aparta.

MARTA. No lo puedo creer. (Pausa.) ¡Pero sí lo he visto yo
misma!

COND. (Ven. — Partamos.)

GEORG. Ya te digo. Quiero recoger antes... (Se dirige a la silla
donde dejó el cajón.)

MARTA. (Llevándose el delantal a los ojos.) ¡Dios mío! ¡Dios
mío!

GEORG. (Desde el otro lado.) ¿Qué es eso? ¿No le ha gustado al
novio mi regalo?

MARTA. ¿Estabais ahí? (Volviendo la cara y sin moverse del lado
opuesto.)

GEORG. (Acercándose a ella.) ¿Qué te pasa, hija mía? ¿Por qué
lloras?

MARTA. (Llorando.) Yo no lloro.

GEORG. Si lo estoy viendo.

MARTA. ¡Dale! Es que me escuecan los ojos.

GEORG. Vaya, no me lo niegues. — ¿Qué apostamos a que ha
reñido con tu novio? (Marta mueve tristemente la cabeza
en señal negativa.) ¿No? Pues entonces te ha dado al-
gún motivo... (Marta mueve tristemente la cabeza en señal
afirmativa.) ¡Ah, pobre!

MARTA. ¡Pícaro! Hacedme el favor de no insultarme. Yo le he de querer de todos modos: ¿estáis? Y ninguno me ha de parecer mejor que mi Alberto. (Le vuelve la espalda, Georgy se ríe.)

CONDE. ¡Alberto! (Vivamente, aparte.)

GEORG. ¿Qué, le conoces? (Al Conde aparte.)

CONDE. Es un partidario de la emperatriz: tengo sospechas...

GEORG. Déjanos solos. (El Conde se va.)

MARTA. ¡Ah! veremos cómo se disculpa el ingrato. (Larga pausa, en la que Georgy medita lo que ha de hacer. En seguida se dirige á Marta con aire de confianza y le coge una mano. Todo esto lentamente.)

GEORG. (Cogiéndola una mano.) ¿En dónde está tu novio? (Trayéndola al centro de la escena.)

MARTA. ¿Para qué le queréis?

GEORG. Para regañarle.

MARTA. Sí, señor, sí; regañadle bien. Decidle que no es regular que pase días enteros fuera de la granja.

GEORG. ¡Eh! Pasa días enteros fuera de la granja... ¿y á dónde va? (Con interés.)

MARTA. ¿Qué sé yo? De aldea en aldea, según parece.

GEORG. Y siempre misterioso, siempre... (Sensaciéndola.)

MARTA. ¿Cómo lo sabéis?

GEORG. ¡Toma! ¿no he sido joven como él? (Disimulando.)

MARTA. Es decir, ¿que vos también engañabais á vuestra novia? Vámos, todos son iguales.

GEORG. (Trayéndola de nuevo cerca de sí.) Ven acá, mujer, ven acá: ¿no llorabas más que por eso?

MARTA. ¡Toma! si eso fuera todo...

GEORG. ¿Luego hay más?

MARTA. (Siempre con las lágrimas en los ojos.) Esta mañana ha venido á la granja una labradora que nadie conoce. Alberto no hacía más que hablar con ella... bajito... muy bajito...

GEORG. ¿Y las señas de esa labradora?

MARTA. Joven, airosa, muy entonada... ¡y más guapa que yo!

GEORG. ¡Oh! si fuese...

MARTA. Ahora mismo acabo de verlos juntos. Se despedían al pie de la montaña... y Alberto le besó la mano. Esto sí que no lo sufre.

GEORG. (Ella es.)

MARTA. ¡Picardía! Con razón sospeché yo de aquella carta que ella le dió aquí, y que él ocultó al verme.

GEORG. ¿La ocultó? ¿Dónde?

MARTA. En un bolsillo.

GEORG. ¡Si tú pudieras quitársela!...

MARTA. ¡Yo! ¡Jesús, María!

GEORG. ¡Eh! ¡Tonta! Una novia cuando tiene sospechas, debe averiguar...

MARTA. Sí, pero una novia que no sabe leer...

GEORG. Yo me encargo de hacerlo por tí.

MARTA. ¡Oh! ¡No! ¡Jamás! Eso sería...

GEORG. Pues bien, deja que esa mujer te quite tu novio, deja que Alberto te engañe.

MARTA. ¿Engañarme? ¿Él? ¡Imposible!

GEORG. Te digo que sí, y que eres una simple, que no sabes burlarte de tu rival. ¡Anda, anda! Ella se burlará de tí.

MARTA. No, eso no. (Con desprecio.)

GEORG. Tú podrías coger el hilo de esta intriga dándome á leer la carta, y luego se la devolverías sin que él lo conociera.

MARTA. Es verdad. Yo así lo sabría todo... Él es (Mirando al fondo y turbándose.)

GEORG. ¿Tu novio? ¡Ánimo!

MARTA. ¡Oh, sí! La duda es un tormento irresistible.

GEORG. Sonríe, finge estar alegre.

MARTA. ¿Veis qué pensativo? (Por Alberto.)

GEORG. Ten valor. (Pausa.)

ESCENA IX

DICHOS y ALBERTO, triste; por el bolsillo izquierdo de su chaqueta asoma el papel que le dió Kelsen.

ALB. ¿Eres tú, Marta?

MARTA. (Sonriendo forzadamente.) Si. Yo, que... (Se me figura que me lo va á conocer en la cara.)

GEORG. (Aparto.) Buena traza tiene el mancebo.

MARTA. (Después de fijar sus ojos en el bolsillo donde está el papel.) ¿Vienes para llevarme á la romería?

ALB. No, vengo á despedirme de tí. (Conmovido.)

MARTA. ¡Á despedirte!

ALB. Si: tengo que ausentarme por esta noche y... (Si muero y no la vuelvo á ver...)

GEORG. (Desde lejos.) ¿Cómo es eso? ¡Ausentarse en una noche de fiesta! (Alberto lo mira con extrañeza.)

MARTA. Es un buhonero; y me ha regalado este collar.—No te vayas, Alberto. ¿Por qué me dejas? (Carinosamente.)

ALB. Es indispensable... Un deber imperioso... (De pronto y dominado por su emoción, coge á Marta la mano y la dice con suma ternura y casi conteniendo una lágrima.) Marta, ¿me quieres?

MARTA. ¡Más que á mi vida!

ALB. Y... ¿Te acuerdas siempre de mí cuando no estoy al lado tuyo?

MARTA. ¡Siempre!

ALB. (Abrazándola enternecido.) No me olvides jamás.

GEORG. (Ahora.) (Por detrás de Marta. Esta se turba y vacila mirando al bolsillo.)

MARTA. Alberto... (Buscando en sus brazos un refugio contra sí misma.)

GEORG. (Sin duda le espera tu rival.)

MARTA. ¡Oh! (A las palabras de Georgey sus celos la exaltan y quita el papel á Alberto sin que éste se aperciba de ello.)

ALB. ¡Marta! ¡Hasta mañana!

MARTA. (Con el brazo derecho, entrecierra los ojos para ocultar el papel y como atropellada, apurada y confusa.) ¿Qué es lo que he hecho?

GEORG. (Por detrás se acerca y le quita el papel que ella tenía en la mano.) ¡Ah! ¡Mía es! (Baja vivamente al proscenio para leerlo.)

MARTA. (Siguiendo á Alberto y con acento doloroso.) ¡Alberto! ¡Alberto!

ALB. (En el fondo y notando la agitación creciente de Marta.) ¿Qué tienes? Tus ojos están bañados en lágrimas.

MARTA. ¡Oh! ¡no te vayas! (En el fondo.)

GEORG. (En el proscenio, lee con agitación y exclama.) ¡Qué veo! ¡Una sublevación! ¡Esta noche! ¡Al toque de ánimas! ¡Cielos! ¡María Teresa y su hijo en la cabaña de ese hombre! (Marta en el fondo ha querido detener á Alberto. Éste se desprende de ella y se va exclamando con voz conmovida.)

ALB. ¡Adiós! (Se va.)

MARTA. ¡Me deja! ¡Desoye mis ruegos! (Baja rápidamente á la escena.) Ah, ¿qué es lo que dice esa carta? Leed.

GEORG. Esta carta... (Concibiendo de pronto una idea sin que Marta la conozca.) ¡Esta carta es una cita de amor!

MARTA. ¿Una cita?

F. JOSE. (Que sale y dice mirando al fondo hacia donde va Alberto.) Pero ¿á dónde va Alberto corriendo como un gamo?

MARTA. Y bien.—Esta cita...

GEORG. Es para esta noche.—Con esa labradora.

MARTA. ¡Oh! ¡Un medio! ¡Un medio de evitarla! (Fray José bajando naturalmente sin ser visto, oye estas palabras y se detiene á escuchar.)

F. JOSE. (Aparte.) ¿Eh? ¿Qué?

GEORG. Sí. Es preciso que Alberto no salga de su cabaña, yo sé que allí debe esperar la hora.—Esta carta lo explica todo. Aguarda. (Va corriendo á la silla que hay en la izquierda y busca en su cajón.)

MARTA. ¿Qué buscáis?

GEORG. Toma este pomito. Penetra á toda costa en la cabaña

de la montaña. ¿Qué ganas de ir a buscar agua? ¡Declarar la guerra a la montaña!

F. JOSE. ¡(Sopla!)

MARTA. ¿Eh? Ese pongo... Tengo miedo. (Murmura con temor.)

GEORG. Si Alberto sale esta noche, lo pierdes para siempre. Decidete.

MARTA. (Con excitación.) Dadme... (Toma el perito.)

GEORG. Yo te acompañaré hasta la puerta de la cabaña.

MARTA. Pero dame esa carta.

GEORG. Luego: más tarde. (Suspira.) ¡No ayas! Viene gente. (Música.)

MARTA. Sí, los habitantes de las aldeas vecinas que se reúnen para la romería. (Cae en agitación y se separa de George.) ¡Oh! ¡Mi cabeza se arde, mi corazón se quiere saltar del pecho!

F. JOSE. (Aparte.) ¿Qué misterio es este?

MARTA. (Mira la imagen de la Virgen y corre a arrodillarse delante de ella.) ¡Ah, madre mía!

ISABEL. (A los aldeanos desde el fondo.) ¡Por acá, amigos, por acá!

F. JOSE. ¡Bravo! Cada aldea trae su música al frente!

GEORG. ¡Robertol! ¡Robertol! (Murmura por la izquierda. El Conde sale. George habla bajo y vivamente con él, le muestra el perito, y se agitan el uno y otro como cuando una resaca.) Entre tanto aparecen tres comparsas de otras tantas aldeas. Cada comparsa trae su música de tamboril, gaita, etc., y visten distintamente. Salen unas después de otras y por diferentes lados. Muchos segadores cubren el fondo también.)

ESCENA X

DICHOS, el CONDE, COMPARSAS de las aldeas e ISABEL.

Comp. 1.^a (Al son de sus instrumentos.)

Al monte, pues,
marchad, marchad,
la romería

comienza ya.

Comp. 2.^a (Por otro lado.)

Al monte, pues,
marchad, marchad,
placer la noche
nos brindará.

Comp. 3.^a

Al monte, pues,
cantad, cantad.

Todos.

La romería
comienza ya.

¡Lá, lará, lá, lá,

laralá, etc. (Siguen andando y tarareando.)

MARTA. (Arrodillada delante de la Virgen.)

¡Ah! ¡piedad!

¡Santa Virgen María,
si él me olvida,
la muerte me da!...

CONDE. (Aparte á Georgey.)

¡Al arma! Ni uno solo
con vida ha de quedar.

GEORGEY.

(¡Estéban! ¡Hijo mío!
¡vengarte puedo ya!)

F. JOSÉ.

La procesión (En medio de todos.)
empieza ya.

(Yo luego á entrambos
he de atisbar.)

(Mirando á Marta y Georgey.)

Coro.

¡Al monte, pues!

¡Cantad, cantad!

¡Placer la noche
nos brindará!

¡Lá, lá, lá, lá!

(Las Comparsas se ponen en orden y marchan. Salen carros
adornados de flores y Hachos de alfileras, y se van alejando.
Georgey hace una seña al Conde, que se va en seguida en

Donde se ven: el Sr. Juan, la Sra. María y el Sr. Juan.
Don. María, viuda de Juan y la Sra. Juan, con la
mano izquierda en el pecho de María y con el brazo derecho
extendido, figurando indicarle que se puede partir a la
toda, Cao el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

[illegible][illegible]

The first of these is the fact that the
 Government has been unable to secure
 the necessary funds to carry out its
 policy of non-interference in the
 internal affairs of the country.

100-443887-100

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

ACTO SEGUNDO

El teatro está dividido en dos partes, una alta y otra baja. La baja representa el interior de una cabaña, construida con troncos de árboles, piedras del camino y paja. Esta cabaña está pegada al monte, y ocupa las dos terceras partes de la escena. La parte superior representa una montaña agreste, que empieza desde el mismo techo de la cabaña y ocupa todo el escenario hasta el fondo, elevándose á la mayor altura posible y formando distintos senderos, abiertos entre las rocas y la maleza. La tercera parte baja del proscenio que deja libre la cabaña, figura una bajada de la montaña. La puerta de la cabaña está al costado, dando á esta bajada. En el interior hay dos puertas, una pequeña al fondo y otra á la izquierda del público. Una mesita de madera tosca; dos asientos hechos de ramas de árboles; algunos instrumentos de labor, colocados aquí y allí. En la pared hay colgado un arcabúx.

Es de noche. La cabaña está alumbrada por un farolito colgado junto á la pared. A la izquierda hay una cuna, formada de paja y ramas, dentro de la cual se ve á un niño de un año, durmiendo. Al lado de la cuna, y sentado en un asiento, está Beltrán, ocudeto, dormido y con un arcabúx entre los brazos.

Durante algunos momentos la orquesta ejecuta algunos compases pintando la soledad de aquel sitio y la calma de la noche. En seguida se ve en lo alto de la montaña á Alberto, que va bajando lentamente. Al llegar al sendero que hay encima de la cabaña, se detiene, saca un cuerno de caza y da un sonido prolongado. A este sonido responde otro más lejano, y á este otros dos ó tres en distintas direcciones. Alberto los oye con ansiedad y satisfacción, y baja hasta la puerta de la cabaña. La orquesta continúa muy piano.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO y BELTRÁN

ALB. (Llamando á la puerta.) Beltrán. (Beltrán, despertándose inquieto, se levanta vivamente y prepara su arcabúz, quedándose escuchando. Pausa.) Abre, Beltrán, soy yo.

BELT. (Acercándose á la puerta.) ¿Alberto?

ALB. Sí, no temas. (Beltrán abre la puerta. Alberto entra.)

BELT. ¿Y la emperatriz?

ALB. Está segura. El coronel Kelsan la acompaña. Nosotros velaremos por su hijo.

BELT. Mira. (Señalando á la cuna.)

ALB. (Se acerca á la cuna, se quita el sombrero con respeto y se queda un instante mirando al niño.) ¡Dios le proteja! (Los susurros anteriores se repiten por la montaña y se ven asomar por distintos senderos hombres que con ademán y paso misterioso bajan hacia la cabaña.)

BELT. ¿No escuchas?

ALB. Son nuestros amigos.

BELT. ¿Ha sonado ya la hora?

ALB. No, pero los jefes de las aldeas vienen á saber la señal.

BELT. ¿Y mañana marcharemos sobre Buda?

ALB. Si esta noche triunfamos.

BELT. Ellos son. (Aplicando el oído.)

ALB. Abre. (Beltrán abre la puerta. Los jefes de las aldeas penetran en la cabaña. Beltrán cierra la puerta después que han entrado.)

CANTO

JEFES. (Á Alberto.)

Fieles
á la voz tuya,
prontos
á pelear,

todos en la montaña
ocultos esperan
que des la señal.

Ala.

Oíd.

Antes

que el son de alarma
con eco terrible
se escuche vibrar;
del niño príncipe
sobre la cuna
vencer ó morir,
amigos, jurad.

(Beltrán pone la cuna en medio: todos se descubren con veneración exclamando:)

JEFES.

Dios salve al inocente
príncipe real.

ALB.

Mirad. (Señalando al niño.)

Ya su dulce, ligera sonrisa
la victoria parece anunciar.
¡De una madre la voz nos implora!
¡Como buenos juremos luchar!
¡De una madre la voz nos implora!
Como buenos juremos luchar.

JEFES.

ALB.

(Extendiendo el brazo sobre la cuna.)

Juremos

JEFES.

(Haciendo lo mismo.)

Juremos.

Como buenos juremos luchar.

ESTROFAS

ALB.

¡Montañeses,
la noche sombría
nos infunde
misterio y valor!
Por las libres

montañas de Hungría
den las trompas
su bélico son. (Reas de trompas.)

JEFFS. (Respondiendo al eco con acento pronunciado.)

Den su son...

ALB.

¡Al arma!

Todos.

¡Montañeses,
la noche sombría
nos infunde
misterio y valor!
Por las libres
montañas de Hungría
den las trompas
su bélico son.

(El Conde y Enrico aparecen en la montaña por el sendero que
hay encima de la cabaña.)

CONDE. ¿Los has visto entrar?

ENRICO. Sí.

CONDE. ¿Y tu gente?

ENRICO. Toda permanece emboscada.

CONDE. Las tropas deberán llegar dentro de media hora.

ALB. (En la cabaña a los Jefes.) No lo olvidéis. Cuando las
campanas del convento den el toque de ánimas, alum-
brará la montaña el resplandor de una hoguera. Esa
será la señal. El punto de reunión, sobre estas cum-
bres. Partid, amigos míos. (Dándoles la mano.)

ENRICO. Ya salen. (En la montaña.)

CONDE. Ocultémonos. (Se ocultan.)

(Los Jefes de las aldeas salen y se marchan por el monte en
distintas direcciones. Alberto descolga su arcabúz y se pone
a examinarlo. Boltrán coge la cuna y entra con ella por la
puerta del fondo.)

ESCENA II

ALBERTO y BELTRAN en la cabaña. EL CONDE y ENRICO
en el monte. FRAY JOSÉ

F. JOSÉ. (Dentro por el monte.) ¡Eh, quieta, mula! ¿A qué no se deja atar al árbol en toda la noche? ¡Ajaja! (Saliendo por el lado izquierdo, encima de la cabaña.) Así. (Mirando hacia dentro.) Sé humilde, hija mía. Creo que si me descuido me planta un par de coces. ¿Eh? (Levantando de pronto la cabeza.) ¿Qué es lo que me ha enfriado la nariz? (Se toca.) ¡Calle! ¡Está lloviznando! ¡Anda! Y yo fuera del convento... y en medio de la montaña. Pero cuando se trata de prevenir á un amigo, que le quieren dar un jaroque para que se duerma *velis nolis*... Por fortuna llegaré á tiempo. Yo he dejado la romería en el camino, y Marta no puede haber adelantado á mi mula, que...

CONDE. (Desde donde está oculto.) ¡Alto!

F. JOSÉ. ¿Eh? ¿Más alto de lo que estoy?

CONDE. ¿Quién va?

F. JOSÉ. Uno que viene... ¡Pues hombre, me gusta!

CONDE. (Presentándosele.) Alto digo. (Con una pistola en la mano.)

F. JOSÉ. ¡Ay! Eso ya es otra cosa. ¡Santo Cristo del Calvario!

CONDE. ¿Qué buscas por aquí?

F. JOSÉ. ¿Yo? Flor de malva para el padre guardián.

CONDE. (Con tenso brazo.) ¡Mientes!

F. JOSÉ. (Remedándolo.) No miento, que su reverencia está acatarrado.

CONDE. Monta en tu mula y aléjate de aquí sin demora.

F. JOSÉ. Se me figura que esta voz... ¡Calle, vos sois él...

CONDE. ¡Chist! (Amenazándolo con la pistola.)

F. JOSÉ. ¡El Diablo!

ENRICO. (Apareciendo por el otro lado y apuntando á Fray José con una pistola.) Hermano... tenga la bondad...

F. JOSE. Si señor, no hay que molestaros... Hombre, ¿quién apartar ese cabón?

ENRICO. (A Fray José.) Partid.

F. JOSE. (Así te se partiera... ¿Qué significará esto?)

CONDE. Os acompañaremos hasta la senda que conduce al convento.

F. JOSE. ¡No te voy a dar flojo esquinazo! Con muchísimo... (disgusto.)

CONDE. ¡Pronto!

F. JOSE. (Remedándolo.) Ya voy.

ENRICO. ¡Chist! ¡No hay que gritar!

F. JOSE. (Gritando.) ¡Si no grito!

ENRICO y CONDE. (Cogiéndolo del brazo.) ¡Chist!

CONDE. (A Enrico y llevándose del brazo a Fray José.) Quédate tú.
(El Conde se va con Fray José. Enrico permanece en un lado de la montaña.)

ESCENA III

ALBERTO en la cabaña. En seguida MARTA y GEORGEY

ALB. (Sentado, mirando su arcabús y su cachillo de monte.) Mis armas están listas... y dentro de una hora se habrá tal vez empeñado la lucha. Si la emperatriz no logra-se el apoyo de las tropas... Si en estos momentos se hubiesen apoderado de ella... (Se levanta.) ¡Oh! en tal caso asaltaríamos el monasterio, y... (Marta y Georgey han aparecido en la cumbre y van bajando.) ¡Pobre Marta! ¡Cuán agena estarás de los peligros que voy a correr! ¡Con qué ansiedad esperas el día para verme... y acaso ya nunca!... ¡Oh, esta idea!... (Apoya una mano sobre la mesa y queda pensativo. Marta y Georgey han llegado a la bajada. Marta viene conmovida. Al llegar junto a la cabaña se detiene y mira a Georgey.)

GEORG. ¿Es esta la cabaña?

MARTA. Sí señor. (Con acento demasado, pero natural.)

GEORG. ¿Qué tienes?

MARTA. No sé; pero estoy como quien va á cometer un delito.

GEORG. ¡Bah! ¡Tonta! Por hacerle dormir una hora... Yo en tanto me presento en el lugar de la cita; alejo á tu rival para siempre...

MARTA. ¿Para siempre, sí? ¡Oh! ¡Decid á esa mujer que Alberto es mío! Mío sólo.

GEORG. Pierde cuidado. (Se pone á escuchar á la puerta.)

MARTA. ¿Qué hacéis?

GEORG. Ver si hay con él alguna persona...

MARTA. ¿Cómo! ¿Pensáis?...

GEORG. (Después de meditar un poco.) ¿Podrías penetrar de modo que no se aperebiera de tu llegada?

MARTA. No sé... ¡ah! sí señor.—Por el otro lado la cabaña tiene una ventana baja...

GEORG. Pues mira si está abierta y si puedes penetrar por ella... Escucha: una vez dentro... observa con mucho disimulo si hay alguien oculto.

MARTA. ¿Alguien?

GEORG. Sí; yo tengo mis sospechas. En tal caso no te des por entendida, ¿estás? Y cuando le haya rendido el sueño me abres la puerta...

MARTA. ¿Para qué?

GEORG. Para que yo venga á contarte mi entrevista con tu rival.

MARTA. Sí, sí. Tenéis razón.

GEORG. Apresúrate, y mucho disimulo.

MARTA. Por aquí. (Señalando detrás de la cabaña.)

GEORG. Vé.

MARTA. (Muy conmovida.) (Estoy temblando.) (Desaparece por detrás de la cabaña.)

ESCENA IV

ALBERTO, que se ha puesto á escribir, en la cabaña. GEORGEY, á la puerta. ENRICO, en la montaña. Después BELTRÁN

GEORG. La montaña está llena de conjurados.—El menor gri-

to puede descubrirnos y... Hay que pelear con esta
vela hasta que lleguen las tropas de Roberto.

ENRICO. (Bajando á donde está Georgy.) ¿Sais vos?

GEORG. Sí. La pastors va á penetrar en la cabaña.

ENRICO. ¡Mi gente está aquí! (Señalando á la derecha, dentro.)

GEORG. (Escuchando.) ¡Galla!

ALB. (A Beltrán, que aparece en la puerta del fondo de la cabaña.)
Beltrán, ya es tarde. Sube á la cumbre velina... y en-
ciende la hoguera apenas suene el toque de ánimas.

GEORG. ¡Oh! (Habla bajo con Enrico, y esta se va corriendo.)

BELT. ¡Alberto! (Dándole la mano.) Que Dios nos dé la vic-
toria.

ALB. Así lo espero.—Apresúrate (Georgy se separa vivamente
de la puerta, Beltrán la abre y sale. Alberto la cierra. Beltrán
sube por la montaña, Enrico sale con cuatro hombres y le sigue
con ellos agachándose por el sendero para no ser visto.)

GEORG. (Solo.) ¡Ay! ¡María Teresa! ¿Qué mal te hizo este pobre
viejo para desear su muerte? ¡Por qué tan joven
abrigas en tu corazón tanta perfidia! El cielo ha que-
rido poner en mis manos tu suerte y la de tu hijo!
(Dentro música campestre, y al coro de la romería del final del
primer acto.) Los aldeanos vuelven de la romería. Qui-
témonos de aquí, y esperemos oculto entre estas
ROCAS. (Desaparece. Los campesinos de aldeanos cruzan por lo
más alto de la montaña, cantando y tocando.)

Coro.

Venid, venid,
cantad, cantad,
placer la noche
nos brindará.

¡Lá! ¡Lará, lá, lá!

¡Lá, lará, lá, lá! (Se van alejando.)

(En el entretanto Alberto se ha vestido á atribuir á la noche,
de frente á la puerta de la cabaña. Marta ha aparecido silenciosa
en el umbral de la puerta principal, y desde allí mira á
Alberto, que está de espaldas y no la ha visto. Marta está agi-

...a la misma casa... (Se levanta, se vuelve y va a Marta y exclama.) ¡Cielos!

ESCENA V

ALBERTO. MARTA.

ALB. Esta carta... para ella. (Concluido el correo.)

MARTA. ¿Qué hace?

ALB. Si Dios ha dispuesto que yo esta noche muera, mañana la encontrarán aquí, y Marta me perdonará sabiendo... (Se levanta, se vuelve y va a Marta y exclama.) ¡Cielos!

MARTA. Yo soy.

ALB. ¡Tú a estas horas... (Oh, al descubrir...)

MARTA. (Conteniendo su emoción y queriendo escapar.) No me esperabas, ¿eh?

ALB. Pero ¿cómo has entrado?

MARTA. Por ahí. (Señala a la puerta izquierda.)

ALB. ¡Marta! ¿Qué significa tu venida? ¿Por qué has abandonado la granja?

MARTA. ¿Yo? Es muy sencillo. Para ir a la romería...

ALB. ¿Sola?

MARTA. (Vivamente.) No. Con los aldeanos que acaban de pasar. Tú no has querido acompañarme, no te he visto... temí que te hubiese sucedido algo y... (Mira con curiosidad y disimuladamente en torno suyo.)

ALB. (Más tranquilo.) ¿Sí? ¿Vienes por eso? Pues, ya lo ves, nada me ha sucedido. (Disimulando.) Pero me siento cansado. El trabajo ha sido rudo hoy... el viento me rinde y... siento que te vuelvas sola a la granja. Así, pues, mientras más pronto bajes la montaña... (Hace un movimiento hacia la puerta.)

MARTA. (Con ironía.) ¿Deseas que me vaya?

ALB. No, Marta mía, no, pero... (Que impaciencia...)

MARTA. (Quiere acudir a la cita.) (Con desprecio.)

ALB. Ven, sal por aquí. (Señalando a la puerta.) Cogiendo de la mano a Marta y empujándola por delante de sí hasta dejarla

MARTA. ¡Buena noche! ¡Buena noche! ¿Qué te parece a la hora de dormir? Con que, ¡buenas noches, Marta mía! (Marta se desahoga, contenta.) Buenas noches.

MARTA. ¡Ah!

ALB. ¿Qué tienes?

MARTA. Yo? Nada. (Sonriendo.) Solo quisiere...

ALB. Habla.

MARTA. Tengo sed.

ALB. ¡Y no me lo decías! ¡Aguárdal! (Va a un escritorio y trae un vaso de cerveza para Marta.)

MARTA. ¡Es preciso! (Bebe el ponche.)

ALB. Toma. (Va a servirle el agua.)

MARTA. No, no, no: el agua del monte es tan gruda...

ALB. (Trayendo otro vaso.) ¿Quieres unas gotas de vino? (Le echa.)

MARTA. Sí, con eso bebería conmigo, brindármelo a nuestra boda.

ALB. Con mucho gusto, pero mira que es tarde.

MARTA. Me irá en seguida. (Pasa Marta, mientras Alberto se sirve de pic vino, mirando cómo le da efecto en el cuerpo; pausado. Le sucede otra.) Tráeme un asiccho.

ALB. Voy. (Va por un puñal. Marta viéndolo echar unas gotas del punal en el jorro del vino. En esto se vuelve Alberto.)

MARTA. ¡Ah! (Se queda turbada.)

ALB. ¿Qué te pasa? (Con el codo en la mano y pausado.)

MARTA. ¿A mí?

ALB. ¿Una turbación...?

MARTA. Me recolaré... (Pausa.) ¿Qué ibas a hacer cuando yo entré?

ALB. ¡Iba a acostarme.

MARTA. ¿Estás solo?

ALB. Sí. (Mirando con curiosidad la turbación en donde está sentada el vino.)

MARTA. ¿Que he seguido con la vista las miradas de Alberto. Después le dice: ¿Qué es lo que mira?

ALB. ¿No hebes?

MARTA. Sí, sí, bebamos. (Alberto lo pone cerca el escañó. Marta se sienta. Alberto se sienta también en el lado de la mesa que da á la puerta. En seguida se sirve vino, coge el vaso y dice brindando.)

ALB. A nuestro cariño. (Va á beber. Marta lo mira con una ansiedad tal, que Alberto, al llevar el vaso á los labios, se detiene y la dice con naturalidad.) ¿Qué es eso, Marta mía, por qué palideces?

MARTA. ¿Yo? No tal. Sigue. (Con voz conmovida.) Brindemos por nuestro... (Las lágrimas se agolpan á sus ojos y no la permiten continuar. Se cubre los ojos con la mano.)

ALB. (Inclinándose sobre la mesa y sorprendido.) ¿Lloras?

MARTA. (Vivamente.) No. Al contrario, estoy muy contenta de verte y...

ALB. ¿Y te vuelves á la granja?

MARTA. (Se levanta.) ¡Tú lo desearas!

ALB. Si, porque... (Mira inquieto alrededor y se levanta.) Ya es hora.

MARTA. ¿Hora de qué?

ALB. (Moviéndose con agitación.) ¡Oh!

MARTA. Acaso... te has acordado de que tenias que salir... (Alberto la mira.) ¡Oh! Si: tú tienes que salir, te lo conozco. (Vivamente y con ironía.)

ALB. No, pero...

MARTA. Alguien te espera sin duda.

ALB. ¿A mí?

MARTA. ¡Pues! Y el momento se aproxima...

ALB. El momento...

MARTA. ¡Oh! Ya es inútil que salgas, ya no te esperarán.

ALB. ¿Cómo? (Con interés.)

MARTA. (Con fuerza.) ¡Yo he sabido desbaratar esa cita!

ALB. ¿Qué dices?

MARTA. No te molestes. La hora sonará, y sin embargo... (El toque de ánimas de las campanas del monasterio, se oye á lo lejos con sonido acompasado y triste.) Escúchala.

ALB. ¡El toque de ánimas! (Las campanas continúan durante los cuatro á seis versos del duo.)

CANTO.—BURTINO

MARTA. (Con aparente calma.)

Escucha. ¡La hora en esta
más nada esperes ya.

(Con aire de triunfo.)

¡Tu perdido deseo
burlado quedará!

ALB. (Sin comprender.)

¡Habla! ¿Qué sereno horrible
me quieres ocultar?

¿Qué irónica sonrisas
en ti miro brillar?

MARTA. (Sonriendo con los brazos cruzados.)

¿No lo adivinas?

ALB.

No;

mas tiemblo á mi pesar!

(Pausa. Andasino. Escuchado con ansiedad.)

(Nada se oye:

¡silencio fatal!

¡La calma de la muerte
reinando está!)

MARTA. (Aparte y observádole.)

(¡Inquieto escucha:

partir quiere ya!

¡Ingrato, ten al menos
de mi piedad!)

ALB.

(Aparte.) ¿Qué hacen los nuestros?

¿qué hace Beltrán? (Abriendo la puerta.)

¿Acaso ya la hoguera?... (Mirando al monte.)

[No!... (Mirando: pequeña pausa.)

¡Profunda obscuridad! (Con terror.)

(Volviendo al interior.)

Marta... responde al punto.

MARTA.

ALB.

MARTA.

¿Tú sabes?... Habla... Di.

¡Yo sé que estoy celosa!

¿Y qué? (Sin comprender.)

Yo el papel vi
que esa linda labradora (Con ironía.)
en la granja te entregó...
y que tú de mí guardaste

ALB. (Confuso.) No comprendo... Tú... ¡Gran Dios!
(Llevándose la mano al bolsillo y echando de menos el papel.)

HABLADO

MARTA. (Con orquesta.) ¡No lo busques: está en poder del que
me leyó su contenido! Esa cita que...

ALB. ¡Desgraciada! ¿Qué has hecho?

MARTA. (Retrocediendo admirada.) ¿Cómo?

ALB. (Aparte.) ¡Dios mío! Si nos han descubierto... Si á es-
tas horas tal vez...

DENTRO. (La voz de Beltrán.) ¡Alberto! Alber... (La voz queda
ahogada.)

ALB. (Aparte.) ¡Esa voz, ese acento ahogado! ¡Es Beltrán!
¡Sí! Beltrán, á quien acometen sin duda! (Cogiendo su
arcabúz.) ¡Ah! (Exclamación cantada. Va á irse. Marta le
detiene.)

MÚSICA

MARTA.

ALB.

MARTA.

ALB.

MARTA.

ALB.

¿A dónde vas? ¡Detente!

¡Aparta, vive Dios!

¡Alberto! ¡Alberto mío!

¡Ah, no te vayas, no!

En vano detenerme
intentará tu voz.

¡Maldigo de tus celos!

¡Maldigo de mi amor!

¡Escucha por piedad!

¡Aparta, vive Dios!

MARTA.

Alberto.

¡A dónde vas? ¡Detente! En vano detenerme
¡Escuchame, por Dios! intentará tu voz.
¡Alberto! ¡Alberto mío! ¡Maldigo de tus celos!
¡Ah, no me dejes no! ¡Maldigo de mi amor!

(Alberto se desprende de ella y echa á correr por la montaña con el arcañús al hombro. Marta se queda de rodillas cubierto el rostro con las manos.)

ESCENA VI

MARTA sola.

¡Se ha ido! ¡Maldición de mí! (se levanta.) ¡Qué! ¿Hasta ese punto me han robado en cariño? ¡Esto es imposible! Otra causa sin duda... ¿Pero cuál? (atentando.) ¡Qué misterio?... Esa voz que sonó hace un instante... Y el buhonero que sospechaba que hubiese alguien oculto en la cabaña... No sé. No puedo adivinar... Alberto estaba solo: aquí no se advierte señal alguna de... (Abre la puerta del fondo y retrocede.) ¡Cielos!... ¡Esa cuna!... ¡Ese niño!...

GEORG. (Escuchando á la puerta por fuera.) ¡Eh?

MARTA. Ese niño es de Alber... ¡Oh, no, no! (Llorando.) Eso sería una infamia... (Rompe en sollozos.)

GEORG. ¡Ah, María Teresa, tu hijo está en mi poder! Entramos. (Va á entrar, pero va salir al lago y retrocede.) ¡Oh!

ESCENA VII

DICHOS y FRAY JOSÉ por la puerta izquierda del interior de la cabaña.

F. JOSÉ. ¡Marta! ¡Hermanita!

MARTA. ¿Quién? (Reponiéndose.) ¡Ah! ¿Soy vas?

F. JOSE. Yo, que traigo un miedo más grande que un catedral. ¿En dónde está Alberto?

MARTA. No lo sé. (May conmovida.)

F. JOSE. (Temblando.) Vooo... voy a cerrar la puerta. (La cierra.)
¡Estam... estam... estamos frescos!

MARTA. ¿Por dónde habéis entrado? (Siempre conmovida, así como en el resto de la escena.)

F. JOSE. Popo... por la ventana: cada uno entra por donde puede. ¿Pero en dónde está Alberto? Vos debéis saberlo. Todas las muchachas saben siempre dónde está su novio.

MARTA. (Llorando.) ¡Sí! Cuando las aman de veras, cuando no las engañan.

F. JOSE. (Reparando en la agitación de Marta.) ¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué tenéis?

MARTA. (Llorando.) ¡Mirad! (Señalando al cuarto del fondo.)

F. JOSE. (Viendo al niño.) ¡Ug! ¡Ya pareció el peine!

MARTA. ¡Un niño! ¿Lo habéis visto bien?

F. JOSE. (Y Alberto que dijo que la suerte del convento dependía...) ¿Cómo os habéis atrevido a brujulear? *Quare curiositatem tuam vident infundere timore in anima mea?* (Yo no sé latín, pero hay que hacerla callar.)

MARTA. ¿Cómo está aquí ese niño? ¿de dónde ha venido?

F. JOSE. ¿Qué sé yo? Habrá nacido él solo, como los hongos. (Bajo a Marta.) ¡Pero aquí, hermana, lo peor no son los chicos; lo peor son los grandes!

MARTA. ¿Eh?

F. JOSE. La montaña está cuajada de asesinos... y ese buhonero amigo vuestro debe ser el capitán de la cuadrilla.

MARTA. Ese buhonero...

F. JOSE. Sí. Yo conozco la intriga en que os ha metido. Pero no os fieis. (Bajo.) Burlando la vigilancia de otro fariseo que me encontré hace poco, pude volver aquí y até mi mula ahí (Señalando hacia la puerta izquierda.) junto a la ventana baja. De pronto oí hablar, eran vuestro hombre y el mío que estaban detrás de unas ro-

con Alberto, porque desde el nacimiento y yo me
trataba para el golpe. No entendí más, pero esto del
golpe hasta.

MARTA. ¡Cielos!

F. JOSE. He ahí explicado el por qué os dió ese paródico fin-
giendo interesarse por vos.

GEORG. (Desde fuera y aparte.) Es preciso entrar á toda costa.

MARTA. Yo me confundo...

F. JOSE. Yo también, pero en vez de confundiros hay que
pensar en que Alberto está amenazado de algún peli-
gro. Que por mucho que os haya ofendido, vos de-
béis...

MARTA. ¡Oh! Sí. Alberto, antes que todo.

GEORG. (Cantando fuera.) ¿Quién al son
de un violín
quiere cantar
quiere bailar?

F. JOSE. ¿Oís?

MARTA. El babouero.

F. JOSE. ¡Para bajar estamos! ¡Hase visto tunante!

MARTA. Yo quedé en avisarle, y sin duda para darme á
entender que desea entrar.

F. JOSE. Por eso le vi dirigirse á la cabana, y ya entré por esa
lado para no ser descubierto. El bribón cree sin duda
que Alberto ha tomado el narcótico.

MARTA. Sí. Pero mirad. (Mirando á la mesa.) Alberto no bebió.

F. JOSE. (Pechado junto á la mesa.) ¿Está aquí la droga?

MARTA. En ese jarro blanco.

F. JOSE. ¡A ver como se le servirá!

MARTA. ¿Qué intentáis?

F. JOSE. Inutilizar á un enemigo. Eso por el pronto. Después...
(Georg y los dos golpean á la puerta.)

MARTA. ¡Ya está ahí!

F. JOSE. Abridla, ponadle buena cara... y haced lo que os he
dicho.

MARTA. Pero...

F. JOSE. No nos queda otro remedio. Abrid. (Marta abre.)

ESCENA VIII

DICHOS, GEORGEY y FRAY JOSÉ se sienta con ademán contrito en el lado izquierdo de la cabaña y junto á la puerta lateral.

GEORG. (Desde el umbral.) ¿Se durmió?

MARTA. No, se ha ido.

GEORG. (Entrando.) ¿Se ha ido? (Va al lego.) ¿Eh?

F. JOSE. (Como rezando.) *Pater noster.*

GEORG. ¿Quién es ese monje?

F. JOSE. *Tibi gloria.* (Georgay se detiene, mira á Marta como interrogándola.)

MARTA. Es un lego del convento vecino.

GEORG. ¿Y qué hace aquí?

MARTA. Dice que quiere esperar á Alberto.

GEORG. ¿Alberto te ha dejado sola?

MARTA. Sí.

GEORG. ¿No había ninguna mujer en la cabaña? (Se adelanta y mira el cuarto oscuro del fondo. Señal negativa de Marta. Pausa.) (¿Cómo no está María Teresa!)

F. JOSE. *Sed liberanos á malo.*

MARTA. (Mirándole con recelo.) ¿Y... la entrevista que ibais á tener con mi rival?

GEORG. No la encontré en el lugar de la cita.

MARTA. (Este hombre me ha engañado.)

GEORG. (¿Cómo alejaré al lego? (Pausa. Se dirige á Fray José y le da dos palmaditas en el hombro, diciéndole:) Hermano, ya es hora de que un monje esté en su convento.

F. JOSE. ¿Sí? Pues ese monje no soy yo.

GEORG. Alberto no volverá hasta muy tarde.

F. JOSE. No tengo maldita la prisa.

GEORG. Es que la tempestad está encima.

F. JOSE. ¿De veras? (Se levanta.) Entonces me quedo aquí. (Se sienta.)

GEORG. (Con ira.) (¡Oh!)

F. JOSE. (¡Anda! Vente con indirectas.)

MARTA. (Mirando al jarro.) ¡Qué linda es esta!...
 una alarín poligrada.)
 MARTA. ¿Qué estara pensando? (A F. José.)
 F. JOSÉ. (Alguna picaresca.)
 GEORG. ¡¡Oh, qué idea! (Acorta a Marta llamándola por apodo.)
 Dime, ¿el narcótico que te di para Alberto?...
 MARTA. En uno de esos jarros.
 GEORG. (Mirando a la mesa.) ¿En el blanco?
 MARTA. No. En el otro. ¡Ah, engaño por engaño!
 GEORG. (A ella me será fácil adivinarla.)
 MARTA. (Ya adivino su intención.)
 GEORG. (Pasa.) Hermano... pues que habéis de pasar aquí la
 noche, ¿queréis que bebamos juntos un trago?
 F. JOSÉ. Hombre, precisamente lo estaba yo deseando. (Con in-
 tención.)
 MARTA. (Aparte al lado.) No bebáis del jarro blanco.
 GEORG. ¿Pues así? Un jarro cada uno... (Hace señas a Marta para
 que calle.) y... vaso por vaso... (Pasa el jarro negro al
 lado del lado.)
 F. JOSÉ. ¡¡Caíste! Con mil amores.
 GEORG. Acercáos. (Se sienta a la mesa. Marta queda de pie.)

CANTO.—TRÍO

GEORG. Cuidad no os haga daño,
 que es muy anejo. (Con acort.)
 F. JOSÉ. (Idem.) Cuidad vos no os cause
 algún mareo.
 GEORG. ¡El vino es mi delicia!
 F. JOSÉ. ¡También el mío!
 GEORG. (Bebiendo.)
 Muy buen provecho, hermano.
 F. JOSÉ. (Beba.) Lo mismo digo. (Con intención.)
 MARTA. (Aparte.) Todo esta noche aquí viene
 a confundir mi razón.
 Salva yo, Alberto, la vida.

GEORG. En pelear es el vino lo
otro tragullo y van dos.

F. JOSE. ¡Otro tragullo!

GEORG. Mientras más beba, hermano,
ha de saberse mejor.

F. JOSE. ¡Otro tragullo!

¡Otro tragullo!

(Aparte.) ¡Ya vas cayendo
en el garfio!

GEORG. ¡Ay qué heori!

F. JOSE. ¡Ay qué heori!

(Mientras más pronto
te lleve el diablo,
será mejor.)

LOS DOS. ¡Ay, qué heori!

LOS TRES

MARTA: (Aparte.)

F. JOSE.

GEORG.

Salve tu vida
aunque me niegues
después tu amor.

Mientras más pronto
te lleve el diablo,
será mejor.

Mientras más beba
lo irá sabiendo
mucho mejor.

GEORG. (Aparte.) ¡Ah, necio! ¡Ya está!

F. JOSE. (Id.) ¡Ah, tonto! ¡Te clavé!

GEORG. ¿Qué tal?

F. JOSE. Muy bien,

muy bien...

muy retobido.

GEORG. (Aparte y mirándole a hurtadillas.)

¡Ja, ja!

¡Ya el licor le alegra

¡Ja, ja!

¡Ya borrado está!

Despiánte un rato,

¡Ay, pobre lego,
tú dormirás!

F. JOSÉ. (Como el otro.)

¡Ja, ja!

¡Soplate ese hueso!

¡Ja, ja!

Ya me lo dirás.

Tú vienes

aquí por lana

y yo te voy

a tranquilizar.

MARTA.

¡Oh, qué impaciencia!

GEORGE.

Bravo el leguista!

F. JOSÉ.

Bravo el vejete!

Los dos.

Bravo en verdad!

LOS TRES

GEORGE. (Lamentándose.)

F. JOSÉ. (Lamentándose.)

¡Ja, ja!

¡Ja, ja!

¡Ya el licor le atega!

¡Soplate ese hueso!

¡Ja, ja!

¡Ja, ja!

¡Ya turbado está.

Ya me lo dirás.

Sus ojos

Tú vienes

despiden chispas.

aquí por lana,

¡Ay, pobre lego,

y yo te voy

tú dormirás!

a tranquilizar.

MARTA.

¡Oh, Dios!

de impaciencia ciego.

Mi amor

en peligro está,

y en vano

me quiere alcanzar

el como

lo has de salvar. (Que se va.)

HABLANDO

F. JOSE. Pues señor... ahora que he bebido me siento con ganas de tomar el camino del convento.

GEORG. ¿Sí? (El sueño le acomete sin duda...)

MARTA. ¡Cómel! ¿Os váis?

F. JOSE. En busca de Alberto. ¡Este ya tiene en el cuerpo lo que necesita, y así lo podremos coger dormido.) Esperadnos.

GEORG. Conque... buenas noches.

F. JOSE. Dormid bien. (Con traza.)

GEORG. Creo que vos dormiréis mejor.

F. JOSE. ¿Sí? Pues mejor que mejor. — ¡Ea... Hasta otro ratito.

(Abre la puerta. Un relámpago.) ¡Jesús, María y José!

GEORG. ¿Tenéis miedo a la tormenta?

F. JOSE. Un poco; pero le temo más al diablo. (Saltando.)

GEORG. (Sonriendo.) Al diablo se le conjura.

F. JOSE. (Fuera de la cabaña.) Ya lo he hecho. ¡Agua! (Trueno lejano.) ¡Santa Bárbara! Corro a desatar mi mula. Bonito humor tendrá con este tiempo.

ESCENA IX

MARTA Y GEORGEY

GEORG. (Vuelve y observa a Marta, que lo mira de hito en hito.) ¡Por qué me miras así?

MARTA. Vos lo sabéis.

GEORG. (Con extrañeza.) ¿Yo?

MARTA. Vos, que me habéis engañado.

GEORG. (Sorprendido.) ¡Eh? (Aparte.) ¿Quién se lo habrá dicho?

MARTA. ¡Os turbáis!

GEORG. (Sonriendo.) ¡Bah! ¿Por qué?

MARTA. ¡Ah! ¿no os importa que yo sepa que vos sois enemigo de Alberto? ¿Que vos me habéis ocultado?

GEORG. (Vivamente.) Él se ha dicho la verdad, según eso.

MARTA. ¿Qué os importa, si ya no he de fiarme de vos?

GRONC. Pues bien, Alberto te lo perdono.

MARTA. ¿Vos... (con ira.)

GRONC. Yo puedo aún pagarte lo que has hecho. Por ti se ha descubierto todo... y yo te ayudaré a obtener su perdón.

MARTA. (Como.) ¡Su perdón!

GRONC. El suyo solo. Pero en cuanto a la emperatriz María Teresa, que bajo ese disfraz de labradora se ocultó con su hijo en la cabana, (Marta empieza a comprender la verdad y manifiesta una gran excitación.) en cuanto a los aldeanos, que al toque de armas debían levantar en la montaña el grito de rebelión...

MARTA. (De repente y comprendiendo todo.) ¡Dios mío!

GRONC. ¡Para esos... no habrá piedad alguna!

MARTA. ¿Y vos, cómo habéis estado?

GRONC. ¡Olvidas la carta de mis cartas?

MARTA. (Con fuerza.) ¡Ah, miserable de mí!

GRONC. ¿Qué dices?

MARTA. ¡Digo que yo ignoraba todo eso; que mis celos han perdido a Alberto; a sus amigos, a mi pobre país! ¡Que a estas horas!... ¡Oh! ¡A estas horas todos mueren tal vez por mi causa! ¡Alberto! ¡Alberto! ¡Perdón! ¡Alberto! ¿Dónde estás? (Como fuera de sí.)

GRONC. (Queriendo detenerla.) ¿Qué haces?

MARTA. ¡Dejadme salir; dejadme salvarlo o morir con él!

GRONC. ¡Tus gritos te harán caer en poder de los soldados que cercan la montaña! Tus gritos serán ahogados por la tempestad! (Truenos.)

MARTA. ¡Sí: el cielo parece maldecirme! Pero mi voz dominará el rugido de la tormenta; ni la ira del rayo será bastante a detenerme!

GRONC. ¡Espera! ¿A dónde vas? (Se precipita y desaparece corriendo.)

ESCENA I

GEORGEY solo

Se va. Ya no se oye el rumor de sus pisadas. Se me
me deja solo aquí, olvidándose... El campo es mudo.
Evitando una sorpresa. (Cierra la puerta.) ¿En? me pa-
reció sentir ruido... (Basta la luz.) No. Demonios
prisa. Enrico me espera con su gente, y si María Te-
resa no está en la cabaña, en hijo al menos... Si. Due-
ños de él, obligaremos a la madre a rendirse a nues-
tra voluntad. En este punto... (Sale al del fondo y corre
la casa.) Hélo aquí. ¡Dormida! Con qué placer empu-
so mi venganza... ¡Como golpeará el corazón de esa
madre!... (Pasa.) ¡Oh! mucho, sí, yo conozco ese do-
lor... Yo que tanto amaba a mi pobre Esteban... Así
le contemplaba yo también cuando dormía entre mis
brazos... Así lo veía yo tan apacible, tan tranquilo.
¡Qué dulce sonrisa vagaba por sus labios! ¡Qué hermosa
cristal!

MÚSICA

Niño inocente,
que estás dormido,
¡ay! tú no sabes
que al despertar,
habrás perdido
tu tierna madre,
habrás perdido
tu libertad.

¡Oh!

¡Duérme, niño inocente,
no me mires, no!
que eso me quitaría
todo el valor.

¡Duerma!

¡Duerma!

(Mientras canta, Enrico y un grupo de soldados, bajan de la montaña.)

GEORG. ¡No hay remedio! Es precioso partir con él. (Coge la cuna.) Siento pasos... (Se dirige a la puerta.) ¿Quién puede ser?

ENRICO. Si, Georgey está ahí. Le vi entrar hace rato.

GEORG. ¿Es Enrico?

ENRICO. Su misión es apoderarse del hijo de Maria Teresa. Pero... el Conde Roberto me ha dado sobre ese niño otras instrucciones.

GEORG. ¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

UN SOLD. Y esas instrucciones son...

ENRICO. Quiera o no Georgey... matarle.

GEORG. ¿Matar á ese niño?

ENRICO. ¡Así se asegura al rey de Prusia el trono de Hungría!

GEORG. ¡Oh! ¡Es imposible! Roberto no puede haber mandado... Y sin embargo, esos hombres son capaces... ¿Qué hacer?—Matar á este niño es una horrible crueldad!

ENRICO. ¡Georgey!

GEORG. ¡Oh! Ocultémoslo por el momento (Lleva la cuna al cuarto de la izquierda.) hasta que pueda llevárselo yo mismo á Roberto. (Música plañativa en la orquesta: Georgey, al volver á la escena, se detiene de pronto como observándose á sí mismo.) La agitación me trastorna. Siento un abatimiento... un...

ENRICO. (Desde fuera, dando un golpe á la puerta.) ¡Georgey! ¡Soy yo! ¡Abrid!

GEORG. Si respondo querrán entrar, y entonces... (Vuelve á interrumpirse y dice con voz natural.) ¡Cosa más rara!... mi vista se desvaneca. (Se pasa ligeramente la mano por los ojos.) Mis párpados... (Con naturalidad.) ¿Qué puede ser esto? Cualquiera diría que me acomete un sueño profundo... (Se detiene de pronto como asustado de una idea que

le infunde pavor.) ¡Dios mío! Los síntomas que experimento... (Su temor va creciendo.) Yo, ¿qué he hecho poco?... (En voz baja y con temor de adivinar.) ¡Ah! ¡Mi sangre se hiela!... (Afirmándose en su idea y exclamando en voz baja.) ¡Sí! ¡No hay duda! (Va creciendo su agitación.) ¡Esa pastora se ha vengado de mí!—Me ha hecho beber el narcótico.—(Con profundo terror y en voz alta.) Yo voy á sucumbir al sueño... ¡y ese niño va á ser cruelmente asesinado!

ENRICO. (Dando voces á la puerta y con voz bronca y amenazadora.) ¡Georgey! ¡Te estoy oyendo! ¡Abre ó derribamos la puerta! (El sueño acomete con más fuerza á Georgey. Este se quiere sostener de pié y lucha para que el sueño no le rinda.)

CANTO FINAL

GEORG. (Luchando con el sueño.)
 ¡¡¡Cielos!!! Es imposible.
 ¡No he de dormir! ¡Oh! ¡No!
 ¡Luchando con el sueño
 sabré salvarle yo!

ENRICO y SOLDOS. (Llamando.)
 ¡Abrid, abrid al punto!
 abrid, ó ¡vive Dios!
 que has de morir también
 si fueres tú traidor.

A UN TIEMPO

GEORG. (Sosteniéndose en la mesa y levantando la cabeza con ansiedad.)	ENRICO y SOLDADOS. (Forzando la puerta para abrirla.)
¡Ah, pobre niño!	Abajo la puerta,
¡Condenación!	y no haya perdón:
(Cae una rodilla en tierra.)	del Conde el mandato,
¡Dormir no quiero!	cumplid, voto á bríos.
(Queriendo levantarse y llevándose la	¡Entremos!
	¡Entremos!

mirando a los ojos.)

¡Qué horror! ¡Qué horror!

¡Tenéos!

(Mirando a la puerta.)

¡Tenéos!

¡¡Verdugos!

Yo... Yo...

Perescan

los dos.

(Desfilan la puerta.)

(Se ven destellos y cae a plomo en tierra y deruido. Carlos y su gente se precipitan puñal en mano en la cabesa. En este momento se ve cruzar al escape por lo alto de la montaña y atravesando el teatro, a Fray José, montado en su mula y llevando al niño en sus brazos, exclamando con aire de triunfo.)

F. JOSE.

¡Arre, mulita!

¡Corre veloz!

¡Yo me lo llevo!

¡Yol! ¡Yol! (Con el niño.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el monasterio de San Esteban. Salón gótico de figura cuadrilonga. Á la derecha y junto á la pared, una ancha y larga escalera de piedra para subir á una galería que se extiende por todo el frente y por el lado izquierdo del escenario. En dicha galería una puerta frente á la escalera. Tres grandes ventanas con cristales de colores á la izquierda en la galería alta, y otras tres á la derecha de la escalera. En la parte baja, ó sea en la escena, puerta al fondo; dos puertas en primer término á la izquierda. En seguida dos grandes ventanas, también con cristales de colores: en el centro una pequeña ventana ojival. Á la derecha, en primer término, y al pié de la escalera, una puerta secreta, disimulada en el muro: toda la decoración es del género gótico. Á la derecha una mesa con recado de escribir: un sillón. Es al amanecer.

ESCENA PRIMERA

La escena está sola. Se oye un órgano, y de cuando en cuando un golpe de campana. Por la galería cruzan algunos monjes, que unos después de otros se dirigen silenciosos y á paso lento hacia la puerta del coro, que se supone ser la que da frente á la escalera. Algunos han salido por las puertas que hay en la escena, y suben también la escalera: varios de ellos van leyendo en sus libros de oraciones. Cuando todos han entrado en el coro, la escena vuelve á quedar sola. El órgano continúa; de pronto se oye un toque de clarines. Se abre la puerta del fondo y salen bulliciosamente muchos oficiales de diferentes armas, precedidos de ENRICO, que viste un uniforme de capitán.

INTRODUCCIÓN

Enrico y Cono,

Mientras á mañutina
toca la campana,
suenen los clarines,
suene la diana.

Del tranquilo sueño
nos despiertan ya;
venga la batalla,
venga sin tardar.

Suene el clarín,
Compañeros, ¡hurra!
Viva, viva

el fragor de la guerra.
Suene el clarín.

¡Compañeros, hurra!
¡Venga la batalla!
¡Venga sin tardar!

Nuestra es la victoria,
nuestra es la fortuna.

Como nuestra gloria
no brilló ninguna.

Marte nos prediga
lauros sin cesar,
y el amor doquiera
su placer nos da.

Suene el clarín.
¡Compañeros, hurra!

¡Viva, viva
el amor y la guerra!
Suene el clarín.

¡Compañeros, hurra!
Del tranquilo sueño
nos despiertan ya.

HABLADO

ENRICO. ¡Plaza, señores, plaza! (En voz alta y mirando á la puerta del fondo. Los oficiales se dividen en dos filas delante de la puerta.)

ESCENA II

DICHOS, el CONDE ROBERTO vestido con un rico uniforme,
y GEORGEY

CONDE. ¡Al punto: un ayudante de campo! (Uno de los oficiales se adelanta saludando militarmente.) Montad á caballo y llevad este pliego al jefe que manda las fuerzas escalonadas en la montaña. (El oficial recibe el pliego y se va por el fondo.) Señores... hace tres noches conseguimos una victoria brillante, pero no completa. Aún quedan algunos restos de los rebeldes vagando por las aldeas vecinas. Es preciso perseguirlos sin tregua. Cuento, pues, con vosotros, y muy en breve os daré pruebas de que no he olvidado vuestros servicios. (Hace una seña para que se alejen: todos saludan y se retiran. El Conde sentándose.) Ya lo ves, Georgey; la fortuna nos protege. Nuestra llegada desbarató los planes de Maria Teresa... y hoy es casi nuestra prisionera..

GEORG. Pero sin que su hijo esté en nuestro poder, será ineficaz el proyecto que abrigamos.

CONDE. Tu estéril compasión...

GEORG. Dí más bien aquel fatal narcótico. Yo caí en mis propias redes...

CONDE. ¡Y oíste decir á Enrico que tenía orden de dar muerte á ese niño! Esa orden no se la di yo.

GEORG. Te creo, Roberto... y me felicito de ello.

CONDE. (Preciso es engañarle.)

GEORG. Ahora bien. Si la sospecha que tengo se realiza... nada habremos perdido.

CONDE. ¿Una sospecha?

GEORG. Escuchame. (Con aire reservado.) Anoche, cuando todos os entregabais al sueño, yo velaba observando a nuestros enemigos. María Teresa, acompañada de Kelsen, cruzó furtivamente por esas galerías y entró en la celda del guardián. Su hijo debe estar oculto allí...

CONDE. ¡Su hijo!

GEORG. Es una idea que no me abandona un instante. Esa misteriosa visita... Aquel lego que me encontré en la cabaña...

CONDE. ¿No has mandado espíarle? (A Enrico.)

ENRICO. Uno de mis soldados le sigue sin cesar, y no le pierde un momento de vista.

CONDE. ¡Ah! Si tu sospecha fuese cierta...

GEORG. Muy pronto lo sabremos. Los monjes están en el coro, y cuando el guardián vaya a reunirse a ellos, yo, sin ser visto de nadie, penetraré en su celda.

CONDE. Sí, sí, corre, averigua a toda costa...

GEORG. Acaso no haya salido todavía: de todos modos volveré a decirle...

CONDE. Aquí te espero.

GEORG. No tardaré. Adiós. (Se va. Pausa.)

CONDE. ¿Y nuestro prisionero?

ENRICO. ¿Alberto? En ese cuarto. (Señalando a la primera puerta de la izquierda.) Su herida no es de peligro.

CONDE. Haz que lo trasladen a un encierro más seguro. Esos monjes...

ENRICO. Nada temáis. Al lego se le espía sin cesar: hay una vigilancia rigurosa y nadie pueda entrar ni salir del convento.

CONDE. Te engañas.

ENRICO. ¿Qué decís? (El Conde se dirige al muro de la derecha, toca un resorte y se abre una puerta secreta muy disimulada en la pared.)

CONDE. Mira.

ENRICO. ¿Una oculta salida al campo?

CONDE. Que ni los monjes conozcan. Mi antecesor la hizo con-

Irán al convento como yo al convento cuando la última revuelta. Los monjes habrán por entonces abandonado el edificio... y yo posea este secreto. ¡Ay de ti si lo confías a nadie!

ENRICO. Sé lo que importa el callarlo.

CONDE. Un enviado del rey Federico me espera, y conviene que todo el mundo ignore su llegada. Adiós, y cuenta con la menor imprudencia.

ENRICO. Viene gente. Partid. (Vase el Conde por la puerta secreta.)

ESCENA III

ENRICO, FRAY JOSÉ y RAF, soldado de alta estatura.

ENRICO. Es el lego. Y seguido siempre del espía que le he destinado. No se verá libre de él un solo instante. (Pausa. Se va al fondo, donde permanece. Fray José sale vivamente por la segunda puerta izquierda, volviendo la cara atrás. Llega hasta los bastidores de la derecha y allí se detiene. Raf aparece entonces por la izquierda, dando se detiene también. Fray José lo mira y se sienta en el sillón que hay junto á la mesa. Raf se sienta en un escabello que hay junto á la puerta. Fray José al ver esto, se levanta. Raf se levanta.)

F. JOSÉ. Al refectorio... al coro... al campanario. A todas partes me sigue ese fantasma. Creo que hasta duerme al pie de mi cama. Estoy rendido de correr huyendo de su sombra. (Pausa. De una vuelta y sube algunos escalones para irse por la galería; vuelve la cara; ve que Raf comienza á salir tras él; y entonces vuelve á bajar á la escena precipitadamente.) ¡No lo dije? Ya se vino detrás. Este hombre es como un grano que me hubiera salido en la punta de la nariz. Lo tengo que ver por fuerza. (Haciéndose airo con el hábito.) ¡Buff! ¡Ya no puedo más! Desde ayer estoy con este trágico... y hasta he perdido las ganas de comer. (Meditando.) ¿Querrán acaso averiguar por este medio en dónde he escondido el hijo de la emperatriz? Si. Pues trabajo les mando: por

más que busquen y rebusquen... (Se va hacia el fondo.)
Hombre, ¿queréis hacerme el favor de dejarme en paz? ¿De que yo vaya solo? ¿De que yo esté solo? ¿De que yo pueda vivir solo? ¡Nada! Como si hablara con una esquina. ¡Cáspita! Aunque yo eche los bofes he de hacerle correr hasta el día del juicio.) ¿Quieres seguirme? Pues aprieta los talones. (Se va vivamente por la escalera á la galería.)

ESCENA IV

ENRICO y GEORGEY, seguido de los oficiales.

GEORG. (Saliendo por el fondo.) Capitán Enrico, acaban de avisarnos de que algunas bandas de montañeses se han dirigido hacia este monasterio.

ENRICO. Nada hay que temer. Preso Alberto, en fuga los principales jefes, ¿qué puede intentar un puñado de miserables aldeanos? (Un tambor toca marcha dentro.)

GEORG. ¿Eh? ¿Qué es eso?

ENRICO. La emperatriz.

GEORG. Disimulemos con ella todavía.

ESCENA V

DICHOS, MARÍA TERESA y KELSEN, saliendo por la segunda puerta de la izquierda.

KELSEN. ¿Vuestra majestad se dignará recibir luego al Conde Roberto?

TERESA. Cuando salgamos de la iglesia.

KELSEN. Ya lo ois, capitán Enrico.

ENRICO. Se lo anunciaré á nuestro jefe.

TERESA. Después iremos á ver á mi hijo. (Aparte á Kelsen.)

KELSEN. (Aparte á María Teresa.) Por Dios, señora. Ese deseo puede sernos fatal; la celda del guardián esta hoy vigilada; y entrar allí en medio del día...

TERESA. Kelsen, temo que no haya salvación posible para nosotros.

KELSEN. Disculpa.

TERESA. ¿Vamos, coronel? (Alto.)

KELSEN. Señora... (Se dirige hacia la escalera.)

GEORG. (No. Yo debo rechazar de mí esta compasión que experimento al verla. (Se oye rumor al fondo. María Teresa se detiene volviendo la cara.)

ENRICO. ¿No escucháis? (A los oficiales.)

VOCKS. (Dentro) ¡Sí! ¡Sí!

OTRAS. No. Atrás.

ENRICO. ¿Qué es eso, señor Alferez? (A un Alferez que sale por el fondo.)

ALF. Una pobre ciega, á quien los centinelas no dejaban entrar.

ENRICO. La entrada en el convento está prohibida á todo el mundo.

ALF. Sí. Pero esa pobre muchacha no puede inspirar recelo alguno. Viene vendiendo antiguos romances del país, y los soldados desean... miradla.

ESCENA VI

DICHOS y MARTA, fingiéndose ciega, aparece en la puerta del fondo seguida de un grupo de soldados: trae en una mano varios papeles impresos, y en la otra un cayado.

TERESA. ¡La pastora! (A Kelsen.)

GEORG. ¡Marta!

TERESA. (Quedémonos) (Aparte á Kelsen.)

GEORG. ¡Ciega! Sería esto un ardid...

ENRICO. ¡Cómo! En presencia de su majestad... (Queriendo impedir que pase.)

TERESA. No importa, señores, yo lo permito. (Enrico se inclina y mira á Georgey.)

CANTO

OFICS. (A Marta.) La entrada libre tienes, penetra sin temor.

MARTA. (Adelantándose al frente.)

(Proteja el santo cielo
mi astucia y mi valor!)

OFICS.

Entra, pues,
sin temor.

MARTA. (En medio de todos.)

A la pobre ciega
no le nieguen, no,
que su vida gane
como quiera Dios.

Glorias de la Hungría
publicando voy.

Nobles caballeros,
compren mi canción.

A UN TIEMPO

OFICIALES.

Pobre ciega, ven,
que tu dulce voz
nos inspira á fe
tierna compasión.

GEORGEY (Mirándola.)

Qué pensar no sé:
muchacha precaución.
Si esto es un ardid
no le valdrá, no.

MARTA.

Comprad, nobles señores.

OFICS.

Sí, sí.

(Se acercan, le toman romances y se los pagan.)

MARTA.

Tomad.

(Volviéndose rápidamente á Kelsen y diciéndole en voz baja
surgándole un papel.)

¡Tomad!

KELSEN. (Cogiendo el papel vivamente.) ¡Ah!

MARTA. (Volviéndose vivamente á los otros y disimulando.)

Es un antiguo
romance húngaro.

(Mirando con disimulo á Georgey.)

(¡Cómo me observa!)

GEORG.

(Me hace dudar.) (Observándola.)

(Se adelanta á ella y le coge los papeles.)

(Hablando.)
 (Examinándolos.) Romanos son. (Dado.)
 KELSEN. ¡Es un mensaje!
 (Examinando el papel con María Teresa.)
 TERESA. Quisiera oírlos.
 (Adelantándose y dirigiéndose a Georgey.)
 MARTA. ¡Oh, qué bondad!
 GEORG. (A María Teresa.)
 No hay en Hungría quien no los cante.
 TERESA. Pues bien, señores. (Invitando a todos.)
 GEORG. (Se inclina como acudiendo al deseo de la reina, y dice a Marta.)
 Niña, a cantar.
 OFICIALES y MARTA. ¡A cantar!
 KELSEN. (Leyendo bajo.)
 (Hoy os salvaremos. Ead en la pastora.) (Hablando.
 Música en la orquesta.)

CANCION

GEORGEY y MARTA. (Colocándose en medio de la escena.)

¡Ran!

(Imitando el redoble de un tambor.)

ran, ran, ran,

(Con acento y acento misterioso.)

¿Qué rumor

por el monte y el valle

se escucha sonar?

¿Qué tropel

de caballos la arena

levanta fugaz?

¡Mirad!

¡Mirad!

OFICS. (Imitando el galope de los caballos y señalando a lo lejos, como si los vieran cruzar.)

Pon,

pon, pon, pon,

(Cantando al unísono: *pon, pon, pon.*)

GEORGE y MARTA. (Señalando a la lejana.)
Son nuestros madgyares,
son los bravos
de la Hungría,
que a salvar su rey
volando van,
volando van.

Todos. Son nuestros madgyares, etc.

GEORGE y MARTA. Ran,
ran, ran, ran.
¿Quiénes son
los que rompen la niebla
corriendo hacia allá?
¿Qué sin fin
de ginetes galopa
con ímpetu audaz?

¡Mirad!

¡Mirad!

ORICE. (Como antes.) Pon,
pon, pon, pon,
pon, pon, pon,
pon, pon, pon,
pon...

GEORGE y MARTA. Son nuestros madgyares,
son los bravos
de la Hungría:
que a salvar su rey
volando van,
volando van.

Todos. Son nuestros, etc.

HABLADO

TERESA. Señores, ese romance recuerda la lealtad de los húngaros hacia sus reyes. Quiera el cielo que nunca se

F. JOSE. ¡Qué ve!

MARTA. Silencio. He conseguido penetrar aquí, y necesito de vuestra ayuda.

F. JOSE. ¡Imposible! Yo no puedo servir de nada. Yo no soy ya el mismo. ¡Me he vuelto dos!

MARTA. ¿Dos?

F. JOSE. Sí. Fray José, que soy yo, y mi sombra, que es el otro.

MARTA. No os comprendo. ¿Qué tenéis? (Aparece Raf en la galería.)

F. JOSE. ¿Qué tengo? Lo que tiene un hombre á quien le persigue una mosca. Se la quita de la oreja y se le pone en la nariz: se la quita de la nariz y se le pone en un carrillo. ¡Ay! Yo no sé ya dónde ir, ni adónde volver, ni adónde ponerme, ni adónde meterme.

MARTA. Pero... (Raf va bajando.)

F. JOSE. Habla. ¿Qué pasa por esos campos?

MARTA. Que desde antes de anoche busco inútilmente á Alberto.

F. JOSE. ¿Y no te han dicho?...

MARTA. Todo me hace creer que emprendió la fuga y que logró salvarse lejos de aquí. ¡Ah! No en vano rogué al cielo por él.

F. JOSE. ¿Tú crees que está en salvo? Pues bien, sabe en dos palabras, que Alberto... (Va á Raf.)

MARTA. ¡Un soldado! (Finge de nuevo y se separa de Fray José.)

F. JOSE. ¡San Esteban! ¡El perro de presa! (Dando vueltas alrededor de Marta para hablarla en voz baja) Después te daré una noticia. (Á Marta.) ¡Ejem! (Pasando cerca de Raf y tosiendo para disimular.) La cosa está complicada. (Por detrás de Marta hablándola.) ¡Ejem! (Pasando por cerca de Raf y tosiendo.)

MARTA. ¿Qué quiere decir? (Aparte, sin comprender.)

F. JOSE. Si me ha visto hablar con ella... (Mirando á Raf, anda; Raf le sigue.) ¡Dios mío! ¡Este hombre me marea! Yo no puedo vivir así. (De pronto, echando á andar muy deprisa y casi llorando. Se va. Raf le sigue.)

ESCENA IX

MARTA sola.

MARTA. ¡Se val! ¡Y el soldado le sigue! No adivino... ¿Qué me querría contar de Alberto? ¡Ah! mi corazón me dice que se halla libre y lejos de estos sitios. Cumplamos lo que he prometido á nuestros amigos. Un pastor que en otro tiempo fué escudero del antiguo gobernador de Buda, nos ha dicho que en el convento debe existir una secreta salida... por la cual podríamos salvar á la emperatriz. Según las señas que nos ha dado, esa salida está situada en uno de estos salones. ¡Oh! Si yo logro descubrirla... Si ahora que estoy sola... Pronto, registremos. Nada veo que me indique... Y sin embargo, es preciso que yo la encuentre; es preciso que examinando estas paredes... ¡Cielos! (La puerta secreta se abre, y Marta se queda inmóvil detrás de ella. El Conde sale vivamente y pasa de largo sin ver á Marta: la puerta se cierra.)

CONDE. ¡Nadiel!

MARTA. (¡Ah! ¡nuestra es!) (Con alegría, después de haber visto el exterior de la puerta.)

CONDE. Temí que alguno me viese entrar. Afortunadamente... ¿Eh? (Viendo á Marta.)

MARTA. (Dios mío!)

CONDE. ¡La pastora!

MARTA. ¡Valor!

CONDE. (Pausa.) (¡Estaba aquí!) Marta, ¿cómo has penetrado en el convento?

MARTA. ¿Quién sois? No conozco vuestra voz. (Fingiéndose ciega.)

CONDE. ¿No? Mirame bien.

MARTA. ¡Miraros! Me es imposible.

CONDE. ¿Cómo?

MARTA. He perdido la vista.

CONDE. ¡Ciega! (Marta.) Con objeto: esa inmovilidad... (¿Sería esto un engaño?) (Cogiéndole la mano.) Ven acá, responde: ¿desde cuándo estás así? ¿Por qué causa?

MARTA. Hace tres noches me sorprendió la tempestad en la montaña. Yo miraba hacia el horizonte buscando el sendero de la aldea, y de pronto pareció que el cielo se inflamaba. La luz de un relámpago horrible hirió mis ojos... caí sin sentido, y al levantarme ya no veía.

CONDE. (¿Será verdad?) ¿Con qué objeto has venido al convento?

MARTA. Con el de vender antiguas canciones húngaras.

CONDE. Antiguas canciones... (No, su amante está aquí preso, y ella ha venido á verlo sin dudar. Tal vez es un espía de los montañeses.)—Enrico. (Viéndole salir.)

MARTA. ¡Estoy temblando!

CONDE. ¿Cómo has permitido entrar á esa pastora? (Aparte á Enrico, junto á la puerta del fondo.)

ENRICO. ¿Sospecháis de ella?

CONDE. Sí.

ENRICO. Yo también. Aquí se esconde alguna trama. Una muchacha que se queda ciega, no se pone en seguida á correr los campos de ese modo.

CONDE. Lo veremos. (La observa de lejos.)

MARTA. ¡Oh! si me falta la serenidad, me pierdo y los pierdo á todos.) (El Conde, seguido de Enrico, baja lentamente y en silencio al proscenio, y se detiene al lado de Marta.)

CONDE. ¿Cómo es que te dejan ir sola por la montaña?

MARTA. Yo no tengo familia, y el único amigo que me ha quedado... se halla lejos de aquí.

CONDE. ¿Hablas de Alberto?

MARTA. Sí señor.

CONDE. (Con extrañeza.) ¿Y dices que se halla lejos?

MARTA. ¡Oh! Á Dios gracias. (Con gozo.)

ENRICO. No sabe que está preso. (Baja y vivamente al Conde.)

CONDE. ¡Oh! ¿qué ideal! (Habla al oído á Enrico, y en seguida continúa diciéndole en voz baja.) Sobre todo, dile que si pronuncia la menor palabra, que si hace la menor

señal... los dos se pierden para siempre. (Enrico se va por la primera puerta de la izquierda.)

MARTA. ¡¡Qué intentarán!!

CONDE. (Ahora sabremos si nos engaña.) (Observándola.) Mucha es tu desgracia, pobre niña; pero... aún sería más grande si Alberto hubiese caído en poder de nuestros soldados. (Con intención.)

MARTA. (Aparte.) ¡Se salvó! ¡No hay duda! (Con alegría.)

CONDE. Por fortuna vuestra... él conocía bien los senderos de la montaña y supo escapar de los que le perseguían. (Mira a la primera puerta de la derecha.)

MARTA. (Muy contenta.) Vos lo sabéis, ¿no es verdad?

CONDE. Positivamente. Y estoy seguro que una vez pasado el peligro, Alberto volverá al país... (Mira a la puerta derecha.) Te amará como siempre...

MARTA. ¡Sí señor, sí! (Alegre.)

CONDE. (Llegó el momento.) (Mirando a la puerta.)

MARTA. Y de todos modos, la idea de que está libre, de que ha logrado salvarse... ¡Ah! (Da un grito ahogado al ver salir a Alberto herido, por la puerta derecha y apoyado en el hombro de un soldado. Enrico hace una seña a Alberto de que guarde silencio. El Conde mira de hito en hito a Marta, que haciendo un esfuerzo sobrenatural, permanece inmóvil y como si nada viera. Alberto, seguido de Enrico, cruza el teatro lanzando una mirada a Marta. Enrico le repite la seña para que guarde silencio. Todo esto acompañado de la orquesta, que toca muy piano una música muy análoga a la situación.)

CONDE. Es lástima... (A Marta, mientras pasa Alberto.) que no puedas verle cuando vuelva... (Observándola. Marta mueve la cabeza queriendo sonreír.) (No se conmueve. ¡Su vista (Mirándola.) continúa inmóvil! Si hiciera este esfuerzo para asegurar mejor sus intentos... (Alberto, Enrico y el soldado se van por la escalera: los ojos de Marta se inundan de lágrimas.) Ya se alejan. (Observándola desde el fondo.) ¿Estaría ciega en efecto? (Bajando.) ¿Eh? Cree que asoman lágrimas a sus ojos... ¡Marta! (Volviéndola frente a él.)

MARTA. Sí: ya reconozco vuestra voz. (Queriendo escapar.)

CONDE. ¿Sabes que si me engañas, como creo; que si eres un espía de nuestros enemigos... (De pronto saca su daga con ademán amenazador, como disponiéndose a herirla. Marta hace un esfuerzo y permanece inmóvil. El Conde guarda en seguridad su daga, diciendo:) No. Ciega está. La prueba es clara. (Se oye rumor dentro.) ¿Eh? ¿Qué rumor es ese? (Sabe la escena.)

ENRICO. ¡Señor Conde! ¡Señor Conde!

CONDE. ¿Qué pasa? (Enrico le habla al oído.) ¿Sería posible? ¡Ah! Georgey, tú has asegurado nuestra victoria! Sígueme.

ENRICO. ¿Y esa pastora?

CONDE. No, ya no hay recelo alguno. (Se van.) (Marta al verse sola cae en el sillón, cediendo á la violencia de las emociones que ha sufrido.)

MARTA. ¡Oh! ¡No puedo más!

ESCENA X

MARTA en el sillón. **MARÍA TERESA**, que sale con Kelsen de la puerta de arriba, queda frente á la escalera. Mientras María Teresa va bajando; **MARTA** se repone de un abatimiento.

MARTA. ¡Alberto! ¡Alberto en poder de esos hombres! (Se levanta.) ¡Ah! Yo le salvaré. Yo que tanto acabo de sufrir para no perder el único recurso que nos queda. Esa salida... (Se dirige al muro.) (Por aquí se abrió la pared. Sí, ¿pero cómo?) ¡Ah! (La puerta se abre.) Apresando en este lado... Alguien viene. (Cierra.) ¡La emperatriz!

KELSEN. ¿Estás sola?

MARTA. Señora... Vuestros amigos esperan apostados muy cerca del convento. Yo he descubierto esta puerta secreta que da al campo. El tiempo urge. Salid por ella, en tanto yo procuro que Alberto se salve también.

TERESA. ¿Qué dices? Esa puerta...

MARTA. Es nuestra única esperanza.

KELSEN. Dios nos proteja, señora.

TERESA. Pero mi hijo...

KELSEN. Esperad, tal vez pueda yo sacarlo sin peligro... (Se dirige á la puerta del fondo.)

MARTA. No perdáis un instante. Esos hombres pueden volver...

KELSEN. ¡Georgey! (Se detiene. Georgey aparece en la puerta del fondo, en donde se detiene.)

MARTA. (Si habrá oído...) (lámovila.)

ESCENA XI

DICHOS, GEORGEY

GEORG. (Llegó mi vez.) (Se adelanta lentamente.)

KELSEN. ¿Qué buscáis?

GEORG. No es á vos, Coronel, á quien deseo dirigirme. Es á su majestad.

TERESA. ¿Á mí? (Volviendo la cara.)

GEORG. ¿Me conocéis, señora? (Descubriéndose.)

TERESA. Sólo os he visto esta mañana.

GEORG. Y sin embargo, el nombre del magyar Georgey, no debe ser extraño para vos.

TERESA. Creo recordar en efecto...

GEORG. Hace dos años...

TERESA. Sí. (Recordando.)

GEORG. Supisteis sin duda que yo me hallaba emigrado en Italia. Pobre, solo... ¡Y sin otro amparo que el de Dios!

TERESA. Así me lo dijeron.

GEORG. Y en vez de tender una mano generosa á este misero anciano, en vez de concederle el que viniera á morir donde nació...

TERESA. ¿Qué decís? (Con extrañeza.)

GEORG. Vuestra mano se levantó airada y vengativa, y un día acordándoos de la saña con que me trató vuestro padre... firmásteis...

TERESA. ¡Tu perdón, Georg!

GEORG. ¡Mi perdón!

TERESA. Sin sospechar que fueras un ingrato. (Le vuelve la espalda.)

GEORG. ¡Mi perdón! No: es imposible. Yo tengo pruebas de lo contrario. Yo sé que jurásteis mi muerte, y vos no lo negaréis delante de quien sabe la verdad. (Señala al Conde, que en este momento aparece en la puerta del fondo.)

KELSEN. ¿Quién osaría desmentir?

ESCENA XII

DICHOS, EL CONDE, ENRICO, *oculto*, y *solistas*.

CONDE. Coronel. Un asunto más grave reclama en este momento la atención de su majestad. (Pausa.)

TERESA. Hablad, Conde. ¿De qué se trata? ¿Qué significa todo ese aparato de fuerza?

CONDE. (Con respeto y gravedad.) Señora... No extrañéis el mensaje de que estoy encargado... Pero la situación de vuestro imperio, las más altas consideraciones públicas y el porvenir de este país, han hecho indispensable que vuestra majestad abdique hoy, en favor del rey Federico, la corona de Hungría.

TERESA. (Indignada.) ¡Una abdicación!

MARTA. (¡Todo se ha perdido!)

KELSEN. Conde...

CONDE. Silencio, Coronel. Toda discusión es inútil; y su majestad, estoy seguro, se dignará firmar la renuncia que le presentamos. (Presenta un pliego a María Teresa.)

TERESA. (Baja al Conde.) ¡Conde Roberto! (Cogiendo el pliego.) Esta infame traición...

KELSEN. Señora, ¡antes morir que mancillar vuestro nombre!

TERESA. (Con dignidad.) ¡LO SÉ. (Les mira a todos con desprecio.) He aquí (Rompiendo el acto.) mi respuesta. (Rumor.)

CONDE. ¿Qué hacéis?

GEORG. Esa entereza es inútil, señora. Sois nuestra prisionera.

TERESA. (Con noble energía.) ¡Soy vuestra reina!

CONDE. ¿Y quién podrá acudir á defenderos?

KELSEN. (Adelantándose gravemente.) ¡Yo!

GEORG. Coronel, pensad que exponéis vuestra vida.

KELSEN. (Casi interrumpiéndole.) Pienso que en este solemne momento, debo sacrificarla como bueno y leal. ¡Qué! Señores. ¿Hemos perdido por ventura el sentimiento de nuestra antigua hidalguía? (Con energía.) ¿Qué hacen estos oficiales tan bravos en el campo, tan indiferentes aquí? ¡Ante el peligro de su soberana!

CONDE. ¡Kelsen!

KELSEN. Pero mi voz les dará aliento para defenderla. ¡Amigos! ¡Yo en su nombre os invocó! ¡Uníos á mí! ¡Salvadla! (Todos permanecen silenciosos. Pausa.) ¡Qué! ¿Ninguno me responde?

TERESA. ¡Kelsen! ¿Qué has hecho?

KELSEN. Mi deber, señora.

TERESA. Y yo también cumpliré el mío.

CONDE. Vuestra majestad se niega...

TERESA. A todo. Salid. Yo lo mando.

CONDE. Y... si de ello dependiera vuestra libertad... la salvación de vuestro hijo...

TERESA. (Con inquietud.) ¿Qué decís?

CONDE. Que en vano lo ocultaba el guardián en su celda.

TERESA. ¡Cielos! (Cae en el sillón.)

KELSEN. ¡Está en vuestro poder! ¡Oh! ¡Miserables! ¡El todo por el todo!

CONDE. ¿A dónde vais?

KELSEN. Conde. ¡Aún mando mi regimiento de Croatas! ¡Aún podemos luchar! ¡A mí, soldados! (Queriendo salir.)

CONDE. Vuestro regimiento se pone en marcha en este instante por orden mía. ¡Oid! Ya se aleja. (Música dentro: se oyen cajas y marcha.)

KELSEN. ¡Gran Dios!

MARTA. ¡Oh! Sávese Alberto al menos. (Vase.)

CANCIÓN

(Al mismo tiempo que suena dentro la marcha.)

CORO. (A Kelsen.) Ese sonido bélico
que por el aire escuchase,
es tu esperanza última
que te abandona ya.
¡A nuestro arrojo ríndase
de tu valor el ímpetu!
¡Nuestro es el niño príncipe!
Todos por él temblad.

KELSEN y TERESA. (Que se levanta.) ¡Oh, Dios!

TERESA.

Resistir no sé;
¡fáltame el valor!
¡Ah! Del hijo mío
ten piedad, ¡oh Dios!

KELSEN.

Vano es resistir,
no hay remedio, no.
La traición impía
vence á mi valor.

CONDE y GEORGEY. Al destino al fin
cederán los dos;
vana es su porfía
¡vano su valor!

OFICS. (A Kelsen.) Escucha, pues.

KELSEN. ¡Oh, qué maldad!

OFICS. Partieron ya.

KELSEN. ¡Partieron ya!

(Kelsen cruza los brazos ó inclina la cabeza sobre su pecho,
quedándose en una actitud de noble resignación.)

OFICS. (A Kelsen.) Ese sonido bélico
que lento va alejándose,
es tu esperanza última
¡que te abandona ya!
¡A nuestro enojo ríndase
de tu valor el ímpetu!
¡Nuestro es el niño príncipe!
Todos por él temblad.

HABLADO

TERESA. ¡Conde Roberto! ¡Vos me engañáis para rendir mi voluntad! Mi hijo no está en vuestro poder.

GEORG. ¡No lo dudéis, señora!

TERESA. Pues bien. Yo quiero verlo por mí misma. Yo debo estar al lado de mi hijo.

CONDE. Coronel, vuestra espada.

TERESA. (Con acento firme y resuelto.) Coronel, tomad mi mano y acompañadme en busca del príncipe. (Da la mano á Kelsen.) ¿Quién se atreverá á separaros de mí? ¿Quién de vosotros se atreverá á cerrarme el paso? (Mirando á los Oficiales y al Conde.)

CONDE. ¡Detenéos! (Queriendo impedir que se vaya.)

KELSEN. ¡Atrás! ¡Miserable! Señores, ¡plaza á vuestra reina! (Mira á todos con ademán imponente, teniendo á Kelsen de la mano. Los Oficiales abren paso con respeto involuntario. María Teresa y Kelsen salen por el fondo por medio de los Oficiales.)

CONDE. (Á los Oficiales después de irse la Emperatriz.) ¡Al punto! ¡Las sillas á los caballos! ¡Todo el mundo á las armas! (Vanse los Oficiales.)

ESCENA XIII

EL CONDE, GEORGEY, y MARTA en la galería.

CONDE. (Muy agitado.) No hay que perder momento. Es preciso conducir á Buda á María Teresa y á su hijo.

GEORG. Y nosotros...

CONDE. Partiremos también. En cuanto á Alberto, ya di la orden para que lo trasladen igualmente á la capital, y acaso en estos momentos lo saquen de aquí.

MARTA. (¡Oh! ¡corramos!) (Se aleja.)

GEORG. Pero si en la capital los amigos de María Teresa se levantan en su favor...

CONDE. Ya es fuerza que la victoria se decida. Por lo demás, (Coordinando sus ideas.) no faltará un medio para impe-

dir... Georgey, vas á partir á Buda inmediatamente. Avisarás de cuanto ocurre al Comandante de la guarnición... y le mandarás proclamar al rey de Prusia antes de nuestra llegada.

GEORG. Sí, ese medio es el mejor.

CONDE. Apresúrate. Yo me pondré en marcha con María Teresa y su hijo esta misma tarde. Adiós. Los momentos son preciosos. ¡Ah, qué impaciencia!

GEORG. Pero el jefe que manda en Buda no me conoce, y tratándose de un asunto tan grave, no se atreverá á darme crédito.

CONDE. (Con descontento.) ¡Es verdad! (Construyendo un medio.) Espera. Una carta mía lo remedia todo.

GEORG. Con efecto.

CONDE. Cuatro renglones no más... (Sentándose á la mesa y disponiéndose á escribir.) Tú te encargarás de instruirle de lo restante. (Georgey permanece detrás mientras escribe el Conde.) ¿No es así?

GEORG. Eso corre de mí bien... (Inclinándose para contestar, fija sus ojos en lo que escribe el Conde y se sorprende.) (Dios mío!) (Mirando lo que escribe el Conde y hablando muy bajo consigo mismo.) ¿Me engañarán mis ojos? No. No. Esa letra... (Registrándose apresuradamente.) Es la misma, sí. La misma de la carta que le encontré en Italia á mi asesino! (La saca y la confronta.) ¡Ah! ¡No hay duda! ¡Es suya! ¡Roberto me ha engañado! ¡Roberto!

CONDE. ¿Eh? ¿Qué le pasa? (Vuelve la cabeza, mira de esbozo á Georgey, comprende lo que pasa, hace un gesto de desprecio y se da una palmada en la frente dejando escapar una exclamación.) (¡Oh!) (Pausa.)

GEORG. (¡Miserable de mí!) (May baja. Pausa.)

CONDE. (¿Qué hacer? Estoy descubierto... Ya no hay nada posible entre los dos... (Pausa. Procura reponerse y dice.) Serenidad. (Se pone á escribir.)

GEORG. Has... concluido, Roberto?

CONDE. (Todavía sentado.) Sí... Hé aquí la carta (Dándosela.) que te dará á conocer... (Mirándola.)

GEORG. Dame... (Se levanta.)

CONDE. ¡Ah! Tu diablo no me engaña. (Se levanta.)

GEORG. ¡Te vas!

CONDE. Sí. Necesito... no perder tiempo.

GEORG. Yo partiré en seguida.

CONDE. Adios. (Dándole la mano. Aparte, riéndose y mirando á Georgey con gesto sarcástico.) ¡Acabemos de una vez!

ESCENA XIV

GEORGEY solo y luego MARTA. Georgey cruza las manos, levanta los ojos al cielo y se queda pensativo y con la vista fijo en el cielo.

MARTA. (Apareciendo en la galería.) Inútil esperanza. Los soldados habían ya partido con él. Ah, ¡pobre Alberto! (Escucha al órgano dentro y se acodilla.)

GEORG. ¡Y yo acusé á María Teresa de haber decretado mi muerte! ¡Yo no la creí cuando me aseguraba que había firmado mi perdón! ¡Yo, en fin, que tanto he sufrido por mi patria, me unía al hombre que la va á entregar al extranjero! ¡Cuanto ciega el deseo de la venganza! ¡Ah, María Teresa! Tú perdonaste á Georgey, y él te salvará de tus enemigos.

MARTA. ¡Cielos! ¿Qué oigo? (En este momento se oye á las monjas, que cantan dentro un salmo.)

GEORG. Los monjes elevan al cielo sus oraciones. Ese canto fortifica mi alma. ¡Valor! Busquemos á la emperatriz... ¡Eh! (Ruido de puertas y carruajes.) Ese ruido... Creo que cierran las puertas exteriores. Y estas también... ¡Todas! ¿Qué significa! (Va á salir. Escribe y varios soldados se precipitan corriendo en masa en la escena, saliendo por la puerta del fondo al encuentro de Georgey.)

CANTO

Coro.

¡Alto, pues!

Salir de aquí

no esperes, no.

Esta vez

tu suerte ya

se decidió.

¡Para ti no hay esperanza

ni perdón!

¡Madgyar Georgey, encomienda

tu alma á Dios!

MARTA. } (Desde la galería.) ¡Ah!

GEORG. } ¡Cielos!

¡Todo Roberto

lo adivinó!

ENRICO Y SOLDs.

¡Pronto,

rinde tu espada!

GEORG.

¡Mil veces no!

(Sacando la espada y haciéndose firme contra el muro de la escalera.)

Por ella venid.

MARTA. } ¡Ampárale! ¡oh Dios! (Se dispone á bajar.)

ENRICO Y SOLDs.

¡Amigos á él,

perezca el traidor!

(Momento de silencio, en que sólo se oye el ruido que dentro cantan los monjes: Georgey, apoyada la espalda contra el muro y poniéndose en guardia. Enrico y los soldados rodeándole á cierta distancia y buscándole un flanco para herirlo, pero sin cruzar con él la espada. Marta bajando agachada por la escalera, paso á paso, y escondiéndose con la balaustrada con la ansiedad y el terror pintado en su semblante.)

HABLADO

ENRICO. (Con orquesta.) Tu resistencia será inútil.

GEORG. ¡Pero os venderé cara mi vida! (Atrinchado.)

ENRICO. ¡Y sin embargo, morirás! (Cruzan las espadas: Georgey abandona el muro.)

GEORG. (Aparte y riendo.) ¡Sí, es cierto! ¡Luchar contra tantos, es una locura! ¡Qué hacer? ¡Cielos, inspírame!

CANTO

ENRICO y SOLD. (Risando.) ¡Amigos, a él!
¡Perezca el traidor!

GEORG. (Suelta la espada, se lleva las manos al pecho, vacila y cae.)
¡Ah!

MARTA. (Que en este momento ha llegado al primer escalón, ve caer a Georgey, y se queda atarada y oculta detrás del pilar de la balaustrada.)

¡Cielos!

ENRICO. (Que con las soldades de un paso atrás al ver caer a Georgey.)
¡Muerto!

(La orquesta continúa siempre, se abre en este instante la puerta del fondo, y el Conde aparece en el umbral.)

HABLADO

ENRICO. ¡Señor Conde, mirad! Vuestras órdenes están cumplidas.

CONDE. ¡Pronto, a caballo y en marcha sobre Budal! (Pasa a nuestros enemigos, mira a la victorial ¡Aún vivo yo!
(Se van.)

GEORG. (Con voz firme.) ¡Y yo! (Levantándose del suelo vivamente.)

MARTA. (Sorprendida.) ¡Ah! por aquí. (Aperturando y abriendo la puerta secreta.)

GEORG. ¡Marta! (Con sorpresa.)

MARTA. ¡Huyamos!

CANTO

LOS DOS. ¡Protégenos, gran Dios! (Se van.)

(En este momento sale Fray José corriendo al escape y huyendo de Raf. ve la puerta secreta abierta y se mete por ella, figura como el rayo, cerrándola tras de sí. Raf llega al centro de la escena y se queda aturrido, sin saber por dónde se lo ha escapado el loco.)

FIN DEL ACTO TERCERO

INTRODUCTION

The purpose of this book is to provide a comprehensive overview of the current state of research in the field of artificial intelligence. It is intended for researchers, students, and practitioners who are interested in the latest developments in this rapidly evolving field. The book covers a wide range of topics, including machine learning, natural language processing, computer vision, and robotics. It also discusses the ethical implications of AI and the challenges that lie ahead. The book is written in a clear and concise style, making it accessible to a broad audience. It is hoped that this book will serve as a valuable resource for anyone interested in the field of artificial intelligence.

CHAPTER 1: THE HISTORY OF ARTIFICIAL INTELLIGENCE

The history of artificial intelligence can be traced back to the early 20th century, when researchers first began to explore the possibility of creating machines that could think and learn like humans. This chapter provides a detailed overview of the key milestones in the history of AI, from the early days of symbolic logic to the modern era of machine learning and deep learning.

ACTO CUARTO

El teatro representa las ciudades de Buda y Pesth, divididas por el Danubio. Todo el primer término de la escena hasta la segunda caja de bastidores, figura ser la ciudad de Pesth, que se extiende por derecha ó izquierda. Desde la segunda caja hasta la cuarta, figura ser el Danubio, que atraviesa el teatro. Un puente de piedra cruza el río desde Pesth hasta Buda, cuya ciudad ocupa todo el fondo hasta los últimos términos del escenario. El puente y las entradas de las calles primeras de Buda son practicables. En la parte que figura ser Pesth, y hacia la izquierda, hay un arco que da entrada á uno de los barrios de la ciudad. Es de día. En el muelle de Pesth, en el puente y en la entrada de Buda, se ven varias tiendas ambulantes, que forman la feria que se celebra en aquellos momentos en la capital de Hungría.

ESCENA PRIMERA

VENEDORES y HABITANTES de Pesth y Buda.

INTRODUCCIÓN.—MÚSICA

CORO.

¡Vengan, señores,
á la feria de Buda!
¡Hoy es gran día

de vender y comprar!
¿Quién á mi tienda,
quién habrá que no acuda?
Barato y bueno
todo aquí se dará.

—
¿Quién quiere comprar?

—
Lindas telas
de Turquía:
ricas pieles
de Astracán:
paños finos
de Viena:
finos, finos
sin igual.

—
Niñas, acudid,
acudid,
que se va á cerrar
el bazar,
que la mercancía
se me acaba ya.

—
¡Vengan, señoras,
á la feria de boda!
¡Hoy es gran día
de vender y comprar!
¿Quién á mi tienda,
quién habrá que no acuda?
Barato y bueno
todo aquí se dará.

HABLADO

Voces. ¡Cintas! ¡Podrería!

Otras. ¡Terciopelos!

Idem. ¡Dulces! ¡Ramos de flores!

ESCENA II

DICHOS, GEORGEY y MARTA, saliendo por el arco.

GEORG. Por aquí, Marta, por aquí.

MARTA. ¿Hemos llegado ya?

GEORG. Sí. Estamos en Pesth, á orillas del Danubio. Esa ciudad que ves pasado el puente, es Buda, y hoy se celebra la feria... Ven, descansa un poco en ese banco, y esperemos la llegada de Alberto.

MARTA. ¡Alberto! ¿Cuándo pienso que está libre, que me ha perdonado!...

GEORG. ¡Con qué arrojo se lanzaron aquellos bravos monjes sobre la escolta que lo trala prisionero á Buda! En un instante pusieron en fuga á los soldados del gobernador, y Alberto se encontró en libertad y al lado nuestro.

MARTA. ¡Ah! quiera Dios que pronto nos volvamos á nuestra pobre granja, donde éramos tan felices.

GEORG. Tranquilízate: (Gesticula hacia un banco de piedra que hay á la derecha.) Ya sabes que juntos hemos ido convocando á los magyares, mis amigos, y á los habitantes de las aldeas. Todos acuden á Buda para salvar á la Emperatriz... y hoy, antes que el sol se ponga...

MARTA. ¡Sí, nueva lucha, nuevas peligros! (Sentándose.)

GEORG. El cielo nos protegerá. (Se dirige un paso hacia el fondo y fija la vista en la entrada del arco.) ¡Eh! ¿Qué miro? Sí, sí, no me engaño; es el lego que huía con nosotros del convento, y que de pronto perdimos ayer de vista. ¡Qué pálido está! ¡Qué abatido!

ESCENA III

DICHOS y FRAY JOSÉ, saliendo por el arco, muy pálido y ojoso, con paso lento y como aludado.

GEORG. (Observándole.) ¡Su paso es lento! ¡Su mirar inquieto!

(Fray José vuelve de pronto y espantado la cara atrás, quedándose inmóvil en seguida.) ¿Qué le da? ¡Eh! ¡Fray José! ¡Fray José! (Marta se levanta y le mira con sorpresa.)

F. JOSE. (Asustado y retrocediendo.) ¡Fugite!

GEORG. Soy yo. ¿No me reconocéis?

F. JOSE. ¿Eh? ¿Vos? (Viendo á Marta.) ¡Qué ve! ¡Estoy entre los míos!

MARTA. Si tal. Somos nosotros. (Fray José comienza á afligirse.) ¿Qué os sucede?

GEORG. ¿Lloráis?

MARTA. ¿Cómo nos abandonásteis en el camino?

F. JOSE. (De pronto y volviendo la cara.) ¡Ay! (Tranquilizándose.) No.

MARTA. ¿Qué os asusta de ese modo?

F. JOSE. ¿Qué me asusta? (Poniéndose en medio.) Ese infernal espía que ayer me dió caza cuando yo os esperaba junto al bosque.

MARTA. ¿Otra vez?

F. JOSE. Si. El condenado montó sin duda á caballo y no descansó hasta encontrarme. ¡Miradle! ¡Miradle allí plantado en aquella esquina. (Señalando con terror hacia dentro.)

GEORG. ¡Oh! Si nos reconoce.

F. JOSE. ¡Cál! Ese hombre no mira á nadie más que á mí. No tiene ojos más que para mí.

GEORG. Tranquilizaos. Hoy será nuestra la victoria. Nuestros partidarios acuden á la capital.

F. JOSE. Muy buen provecho les haga. Yo no viviré ya cuando vengan.

MARTA. ¿Por qué?

F. JOSE. ¡Porque mi mal no tiene cura! ¡Porque me come la hipocondría! ¡Adiós, hermanos! Si queréis algo para el otro mundo, no tenéis más que mandar.

MARTA. ¿Pero no habéis oído que muy pronto?...

F. JOSE. No. Ya no hay esperanza que me... (De pronto.) ¿Cuándo se arma?

GEORG. ¿Os animáis?

F. JOSE. Creo que sí.

GEORG. ¡Pues, ea! ¡Valor, hermano!

F. JOSE. ¡Sí, valor! ¡Entusiasmo! Yo me voy á esconder.

GEORG. ¿Adónde?

F. JOSE. No lo sé. Ya me avisaréis cuando ganemos, ¿sí? Sobre todo libradme de ese soldadote, por los clavos de Cris... ¡Ay! ¡Él es! (Echa á correr y desaparece por la derecha.)

MARTA. ¡No! ¡Nadie viene!

ESCENA IV

GEORGEY, MARTA y ALBERTO, seguido de dos hombres, saliendo por la derecha.

ALB. ¡Hé aquí el lugar de la cita! Partid y apostaos con los demás compañeros en el puente de barcas que hay en ese lado. Así no perderéis de vista las puertas de la ciudad. (Los hombres se van.)

MARTA. (Presentándosele con Georgey.) ¡Alberto!

ALB. ¡Marta mía! ¡Georgey!

MARTA. ¿Has podido llegar hasta aquí sin peligro?

GEORG. Habla. ¿Qué nuevas?...

ALB. Vuestros amigos deben ya haber penetrado en Buda en pequeños grupos y sin infundir sospechas.

GEORG. Pero los montañeses, los habitantes de los campos vecinos...

ALB. Estarán antes de una hora en las puertas de la ciudad. y al oír el toque de rebato, entrarán en ella á toda costa.

GEORG. ¡Todo, en fin, nos promete la victoria!

ALB. No. Nuestros esfuerzos van á ser completamente inútiles.

MARTA. ¡Dios mío!

GEORG. ¿Qué quieres decir?

ALB. Lo que nadie ignora ya, Esos traidores, viéndose dueños del Principe, han exigido á la Emperatriz como único medio de rescatar á su hijo, una abdicación pública y solemne.

- GEORG. ¡Ah! ¡Todo se ha perdido!
- ALB. Esa abdicación va a tener lugar dentro de pocos instantes en la catedral de Buda, ante los nobles y el pueblo.
- GEORG. ¡Nosotros sabremos impedirlo!
- ALB. Y la Emperatriz perderá entonces a su hijo!
- MARTA. ¡No, no. Eso sería la mayor desgracia para ella!
- GEORG. ¿Es decir, que nada hay ya que esperar? Pues bien!
- ALB. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!
- ALB. Solo él puede salvar a María Teresa. El Conde Roberto tiene guardado al príncipe en la fortaleza de Buda, y sería una cosa imposible...
- GEORG. (Vivamente.) ¿En la fortaleza? ¿Estás seguro?
- ALB. Lo sé positivamente.
- GEORG. ¡Ah! Todavía nos queda un recurso.
- ALB. ¿Qué decís?
- GEORG. Digo, que Roberto, antes de atentar ayer contra mi vida, me entregó una orden, con la cual puedo penetrar en la fortaleza. Esa orden la tengo aquí. (Sacando a uno de sus bolsillos.)
- ALB. (Con ansiedad.) ¡Y bien!
- GEORG. ¿Tú crees que mis amigos deben haber llegado a la capital?
- ALB. ¡Y acaso os esperan en el sitio convenido!
- GEORG. ¡Alberto! Cumplamos cada cual nuestro juramento. Si una vez empeñada la lucha oyes dos disparos de cañón en la fortaleza de Buda, será señal de que somos dueños de ella y de que ese inocente niño se ha salvado.
- ALB. ¡Oh! ¡Sí, corred! Juguemos el todo por el todo.
- GEORG. Y si muero, (Cogiendo las manos de los dos jóvenes.) acordaos de este pobre viejo... y perdonadle todo el mal que os causó.
- MARTA. y ALB. ¡Georgel! (Abrazándolo.)
- GEORG. ¡Adiós! ¡Adiós, amigos míos! (Se va por el puente, penetrando en las calles de Buda.)

ESCENA V

PUEBLO, ALBERTO y MARTA

MARTA. Alberto, ¿cuál será nuestra suerte?

ALB. Fíjala como yo á la bondad del cielo.

MARTA. ¡Ah! Él recompensará tus sacrificios.

ALB. Mi única recompensa, mi única ambición después de la victoria, será volver á mis alegres campos y vivir á tu lado, Marta mía.

MARTA. ¡Calla! ¿No ves?

ALB. Un grupo de soldados hace quitar la feria.

MARTA. Sí. Es verdad.

ESCENA VI

DICHOS, el ALFÉREZ y SOLDADOS, que van desalojando de allí á los feriantes, y un MERCADER. El Mercader, bajando al proscenio cerca de ALBERTO, y acompañado de varios hombres.

MERC. ¿No os lo decía yo? El Conde Roberto es un tirano que no sólo oprime á la Emperatriz y quiere entregarnos á la Prusia, sino que nos obliga á cerrar nuestra mercado.

TODOS. Si, sí.

MERC. Mirad. (Señalando á varias mujeres que bajan al proscenio,) Ni siquiera deja que esas pobres muchachas vendan sus flores.

ALF. (Que se acerca.) Más tarde podrán hacerlo. Ahora es preciso dejar el paso libre.

MERC. ¿Á quién? (El Alférez le vuelve la espalda.) ¡Ah! (Á los que le rodean.) Si como se asegura, estallase hoy un motín...

ALB. (Presentándose con Marta en medio de ellos.) ¿Se podría contar con vosotros?

MERC. (Sorprendido.) ¿Eh? Sí, por mi nombre. ¿Quién eres tú?

ALB. Quien desea librar á la Emperatriz. Quien os guiará contra sus enemigos, que son los vuestros.

- Todos. Marchemos.
- ALB. ¡Chíst! Prudencia, amigos. La ocasión no es llegada. Ved que nos observan. (Señalando al oficial y los soldados.)
- MERC. St. Disimulemos.
- ALF. ¿Qué hacéis agrupados de ese modo?
- ALB. Nada, señor oficial. Como la feria ha concluído, queremos distraernos un poco: ¿no es verdad, muchachos? (Señal afirmativa de todos.) //
- MERC. ¡Qué diablo! Déjadnos al menos pasar alegremente el rato. Ea, cantad alguna cosa, amigos: animáos. Con esto verá el señor oficial que somos gente pacífica é inofensiva.
- ALB. En hora buena.
- ALF. Oigamos, pues.
- ALB. Con mucho gusto.

CANTO

- ALB. Es el canto de mi patria,
en el campo
y la ciudad,
tierna música de amores,
de placer y libertad.
(El Alférez y soldados se alejan.)
Laralá, laralá,
laratá, laralá.
- CORO. Laralá, laralá,
larará, larará.
- ALB. (Bajo y con misterio.)
Al arma, pues,
prontos estad.
- CORO. (Idem.) Al arma, pues,
sin vacilar. (El Alférez vuelve.)
- MARTA. (Viendo á los soldados.)
Laralá, lá, lá, lá.
- Todos. (Disimulando.)

Lá, laralá,
larairo,
la canción húngara
vuelva a sonar,
la tierna música
de los amores,
el eco alegre
de libertad. (El Alferez objec-
ta.)

ALB. Por do quiera el viento lleva
en sus alas
mi cantar,
y la brisa de los valles
lo repite
sin cesar.

Laralá, laralá,
laralá, laralá.

CORO. Laralá, laralá,
laralá, laralá. (El Alferez se aleja.)

ALB. (Baja.) Muera el traidor:
marchemos ya.

CORO. (Idem.) Muera el traidor:
marchemos ya.

(El Alferez y soldados vuelven.)

MARTA. Lará, lá, lá, lá.

TODOS. (Como antes.) Lá, lará,
lará, larairo,
la canción húngara
vuelva a sonar,
la tierna música
de los amores
que el blando céfiro
repetirá.

HABLADO

MENC. (Que se alejaron el Alferez y soldados.) ¡Ya se fueron!

ALB. Y bien, ¿estáis dispuestos a seguirme?

- MERC.** Adonde quiera.
- ALB.** ¡Pero no tenéis armas!
- MERC.** A nadie falta una espada o un arcabuz.
- ALB.** ¡Impidamos que esos traidores hagan abdicar á la Emperatriz! ¡Acabemos de una vez con ellos! (Se oye una marcha lejana.)
- MARTA.** Escuchad. (Aplicando el oído.)
- MERC.** Esa marcha... Dejadme ver. (Se asoma al arco: todos le siguen con la vista.) Ya no hay duda. La abdicación va á tener efecto. ¡Es la comitiva que conduce á la Emperatriz á la catedral!
- ALB.** ¡Oh! Si mis amigos tardan en llegar á las puertas de Buda...
- MERC.** ¿Qué hacemos?
- ALB.** Aventurar el golpe sería exponernos y exponer á Georgey...
- MERC.** ¡Decidelo!
- ALB.** Venid. Apartémonos á este lado.

ESCENA VII

ALBERTO, MARTA y el MERCADER y los hombres y mujeres que forman el grupo, se colocan al extremo derecho del público, mirando con ansiedad hacia el arco por donde sale la comitiva al compás de la orquesta y músicas militares, en el orden siguiente: cinco batidores, cuatro tambores, una banda de música, un piquete de granaderos, varios grupos llevando enseñas con los atributos respectivos, un portestandarte con las armas de Buda, dos maceros, la municipalidad, caballeros de Buda y Pesth, otro portestandarte con dos oficiales á los lados, un piquete de soldados, varios generales y oficiales superiores, magistrados; otros dos maceros, tres palafreneros; pajes, uno de ellos llevando en una bandeja cubierta con un paño de terciopelo carmesí la corona y el cetro; dos alabarderos, **MARÍA TERESA** en medio del **CONDE** y de **KELSEN**, varias lacayos llevando la litera real, otra banda de música, un piquete de alabarderos, hombres, mujeres y niños del pueblo.

MÚSICA

CORO. (Aparte unos con otros, al mismo tiempo que va pasando la comitiva, y que tocan las bandas.)

Rendir su altiva frente
hoy la traición
no ha de lograr.
Con ánimo valiente
su pueblo fiel
la salvará.

¡Compañeros, valor!
¡El acero empuñad!
¡Ya el momento llegó!
¡A luchar! ¡A luchar!

(La comitiva atraviesa lentamente el teatro, pasa por el puente y desaparece por una de las calles de Buda. Cuando se ha alojado, Alberto, Marta, el Mercader y los hombres y mujeres del pueblo vuelven al centro de la escena con agitación.)

ALB. Ya lo veis. Suceda lo que quiera, es imposible esperar por más tiempo.

MARTA. Alberto... ¿qué intentas?

ALB. Impedir ese infame atentado. Corramos á la catedral.

MERC. Pero... ¿bastaremos nosotros?... el Conde tiene en rehenes al hijo de la Emperatriz, y á la menor señal de insurrección puede sacrificarle á su venganza.

ALB. Otros se han encargado de salvar á ese niño. ¡No hay que vacilar, amigos! (Con voz firme y resuelta.) A Buda, y que Dios nos proteja.

Todos. ¡A Buda!

ESCENA VII

DICHOS y FRAY JOSE saliendo á escape por la derecha.

F. JOSE. ¡Aunque sea á Pekín!

MARTA. ¡Fray José!

F. JOSE. ¡Oh, dicha! ¡La he dado esquinazo!

ALB. ¡Valor, amigos!

F. JOSE. ¡Adiós! ¡Ya la van á armar!

ALB. Vos cuidaréis de Marta... ¿no es cierto?

MARTA. ¡Qué! Yo he de abandonarte...

F. JOSE. (Cogiéndola de la mano.) ¡Hermanal! ¡Hermanal! Nosotros somos gente de falda y no tenemos que pelear.

ALB. ¡Adiós! ¡En marcha! (Se va por el puente seguido de todos.)

MARTA. (Al lego.) Venid, partanfos con él.

F. JOSE. ¡Esta muchacha tiene el diablo en el cuerpo! Pero hija, ¿no ves que nos pueden dar un trastazo?

MARTA. Pues bien. Yo partiré sola. (Se va por el puente.)

F. JOSE. ¡Detente! ¡Escucha! (Se detiene.) ¿La sigo? ¿Y si me rompen un hueso? No la sigo; aquí me quedo solo, ¡solo!... ¡Ay qué gusto es estar solo! Pasea uno como le acomoda. No ve uno más que lo que quiere. ¡Buff! ¡Se respira con libertad! ¡Cáspita, y qué piés tengo! En un santiamén, ¡zás! ¡Me he venido por el puente de barcas y he dejado á ese fariseo con un palmo de narices! (Restregándose las manos con alegría.) ¡Y el muy tonto me estará buscando! ¡Sí! ¡Busca, perro dogo! ¡Creo que de puro contento empiezo otra vez á engordar! Sí, ¡oh, qué placer! ¡Ego sum contentus... et gordo! Ahora tomemos tierra y pongámonos en marcha hacia el conven... (Raf aparece.) ¡San Ambrosio! ¡Ya está ahí otra vez! (Se echa la capucha y empieza á dar vueltas.) ¡Ay, Dios de los perseguidos y de los apurados!

RAF. (Saliéndole al paso.) Daos preso. (Le coge y le tira de la capucha descubriéndolo.)

F. JOSE. (¡Uff! Él habló poco, pero bueno.) Tengo mucha satisfacción en volveros á ver...

RAF. (Cogiéndole de la mano y llevándole hacia el puente.) Seguidme.

F. JOSE. (¡Ay, si se enredara la gresca!)

RAF. ¡Pronto! Seguidme al castillo de Buda.

F. JOSE. (¡Enrédala, San Esteban de mi alma!)(Dejándose llevar.)

RAF. ¿Eh? ¿Qué estáis diciendo?

F. JOSE. ¡Yo? Nada... que me gusta mucho el río... (Ya en el puente.) (Si pudiera escurrirme...) Mirad, mirad qué pececitos...

RAF. ¡Voto á bríos! (Rumor dentro.)

F. JOSE. ¡Cielos! Ya se armó.

VOCES. (Dentro.) ¡Muera el conde Robertol

RAF. (Conteniendo á Fray José que se quiere escapar.) ¡Quieto! ¡Al castillo! (Raf luchando con Fray José, cae al río y desaparece.)

F. JOSE. ¡Al agua! ¡Oh! ¡Misericordia! (Mirando.) ¡Se ha ido al fondo! (Bajando vivamente al proscenio.) Él tiene la culpa, que no sabe nadar. (Aturdido.) ¡Dios mío! ¡Qué es lo que he hecho! ¡Esto es peor aún! Ese hombre me perseguía antes en carne y hueso... y ahora me va á perseguir como un alma del otro mundo! (Cree dentro el rumor y el choque de armas.) ¡Anda! ¡Y qué porrazos se sacuden por allá! (Mirando.) ¡Qué confusión! ¡Cielos! ¡Ya corren! Imitemos su ejemplo. Escóndete, José, (Se va.)

ESCENA IX

Un grupo de hombres y mujeres atraviesa corriendo por las calles de Buda. **ALBERTO** y el **MERCADER**, y un grupo de hombres del pueblo, con armas, vienen apresuradamente y como en retirada por el puente.

ALB. (Mirando á la derecha.) Vienen por el puente de barcas.

MERC. ¡Y somos inferiores en número!

ALB. Pero el regimiento de Croatas ha acudido á defender á la Emperatriz y Georgey sabrá librar al príncipe.

CONDE y ENRICO. (Saltando con sus soldados por la derecha.) ¡Rendidos, miserables!

ALB. ¡Ánimo, compañeros!

CONDE. ¡Sois perdidos!

ALB. No. Los habitantes de los campos deben estar á las puertas de Buda.

CONDE. Pero aguardan el toque de rebato que yo he sabido impedir.

F. JOSE. (En lo alto del campanario.) ¡Te equivocas! ¡A las armas! (Echando á vuelo las campanas!) ¡A las armas!

CONDE. ¡Qué oigo!

ALB y LOS SUYOS. ¡A las armas!

CONDE. ¡Qué hacéis!

F. JOSE. ¡Repicar recio!

CONDE. ¡Detenéos! La vida del príncipe depende de vosotros.

ALB. Pronto dos cañonazos nos anunciarán su libertad.

CONDE. El comandante de la fortaleza tiene orden de darle muerte si la insurrección triunfa.

TODOS. (Aterrados.) ¡Cielos!

CONDE. ¡Abajo las armas! (Se oyen dos cañonazos.)

ALB. ¡No! ¡Nuestra es la victoria!

VOCES. (Dentro.) ¡Hurra! ¡Hurra!

CONDE. ¡A ellos! ¡Mis soldados! (Van á atacar á los del pueblo. En este momento crecen las voces y el tumulto y Marta aparece en lo alto del puente con el niño en brazos, al lado de Georgey y seguida de un inmenso gentío. Al mismo tiempo se ven salir corriendo por el muelle de Buda á los habitantes de los campos armados de hoces, horcas y otros instrumentos de labranza. Otro grupo igual aparece por el arco de Penth. El Conde y sus soldados retroceden.)

MARTA. (Levantando el niño en alto.) ¡Viva el emperador!

TODOS. ¡Viva!

KELSEN. (Sale por la derecha y se lanza sobre el Conde, que se llevan violentamente algunos soldados.) ¡Miserable! (María Teresa ha salido al mismo tiempo seguida de varios oficiales y soldados y se lanza al lado de su hijo, que Marta le entrega. Georgey dobla la rodilla á los pies de la Emperatriz, que le tiende afectuosamente su mano.)

TERESA. ¡Mi hijo!

F. JOSE. (Saliendo presuroso.) ¡Está sí que la ganamos! ¡Ya somos felices! ¡Ya no hay pícaros! ¡Ni traidores! ¡Ni espías!... (Ref. sale de entre un grupo y se le presenta.) ¡Cielos! ¡Está vivo! ¡Este hombre es impermeable!

RAF. ¡Viva María Teresa!

F. JOSE. ¡Calla! ¡Ha vuelto la casaca!

GEORG. ¡Húngaros! ¡He aquí á vuestro rey!

TODOS. ¡Viva! (Rompen las músicas militares, mezcladas con las aclamaciones de la multitud, que llena la escena, el puente y los muelles de Buda, agitando sus armas, sus pañuelos y sus estandartes y enseñas.)

CORO

¡Por vos y por el príncipe
juramos pelear!

¡Honor y gloria á Hungría!

¡El triunfo es nuestro ya!

(María Teresa presenta á su hijo. Georgey y Kelson están á su izquierda, y Alberto estrechando la mano de Marta, á la derecha. Cao el telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

